
OLIVIA
TEROBA
RESPIRAR
BAJO
EL AGUA

Las mujeres que protagonizan estos diez relatos de Olivia Teroba, luchan por salir a flote, sacar la nariz de un entorno permeado por la violencia ya física, ya emocional, ya psicológica. Van y vienen entre la memoria y su presente; entre fragmentos de familia, alcohol, antidepresivos, despedidas, silencios —forzados o deliberados—, pérdidas y amores tan tóxicos y adictivos como una droga. Todo ello para descubrir quiénes son, incluso si no es de manera consciente.

Respirar bajo el agua, libro ganador del Premio Nacional de Literatura Joven «Salvador Gallardo Dávalos» 2019, nos sumerge en las vidas de estas chicas: vidas que se entrelazan, que conversan consigo mismas —y, por tanto, entre sí— a través de diálogos aparentemente superficiales, el discurrir de consciencia o al escribir una carta. Sin duda, estas páginas repercutirán en la historia misma de quien las lea: resonarán como un *beat* abrumador y le llenarán las ventanas de peces de papel.

Olivia Teroba

Respirar bajo el agua

ePub r1.0
Titivillus 07-02-2025

Imagen de portada: Catalina Cartagena

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Floto en el aire como se debe,
es decir, por mí misma.

Si caigo del techo
aterrizo suave en el verde césped.

No me es difícil
respirar bajo el agua.

No me puedo quejar:
he logrado descubrir la Atlántida.

WISLAWA SZYMBORSKA, «Elogio a los sueños»

El Premio Nacional de Literatura Joven Salvador Gallardo Dávalos / Narrativa 2019, fue otorgado a *Respirar bajo el agua* de Olivia Meneses Teroba, por el Gobierno del Estado de Aguascalientes a través de su Instituto Cultural. El jurado estuvo integrado por Iliana Olmedo Muñoz, Marcela Patricia Zárate Fernández y Luis Felipe Pérez Sánchez.

CORRESPONDENCIA

Amanece y estoy reescribiendo, otra vez. Es verdad lo que decías Luis, así como me pongo a escribir te voy comprendiendo mejor; es verdad que cuando una hace estas cosas y quiere que le salgan bien, se puede pasar toda la noche frente al monitor. Y mira, ya voy por la quinta reescritura y sigo pensando que en esta carta no cabe todo lo que tengo que decirte, y que si logro meterlo quedará todo revuelto, y yo quiero que quede lindo, que mientras lees esto sonrías y te acuerdes de mí y digas mi nombre bajito, así como yo repito tu nombre cada vez que termino de leer esta carta y la vuelvo a empezar.

Recuerdo que tú también amanecías escribiendo, y yo te decía que vinieras a la cama y apagaras la computadora porque el ruido de su ventilador no me dejaba dormir, y cuando lo hacías la casa quedaba en silencio, pero ese silencio tan pesado tampoco me dejaba descansar, y tú llegabas a la cama con toda la intención de dormir y yo no te dejaba, comenzaba a molestarte, a jugar con tu cabello y a morderte, e invariablemente acabábamos haciendo el amor.

Ahora que te has ido eso ya no se puede. Por eso, aunque amanece, sigo escribiendo, como de seguro me dijiste para que me calmara después de lo de mi abuelo, y lo sigo haciendo por complacerte, aunque debo aclarar: no se me dan muy bien estas cosas, y no entiendo por qué quieres que escriba toda esta perorata cuando podríamos hablarnos por teléfono, hacer una videollamada; pero no, tanta tecnología y tú con tus cosas antiguas, de viejo, siempre actúas como un viejo, y bueno, sé que me dices que te escriba para entretenerme ahora que he vuelto a casa de mis padres y ellos no me dejan salir, menos en fin de semana con tanta gente afuera y este maldito calor, y encima con el miedo, las balaceras y esas cosas terribles que le pasan a los vecinos.

Por ahora, solo a los vecinos.

Hay otra razón por la que te escribo: el otro día me enojé porque

no te conectabas y saqué uno de tus libros de las cajas y con cada una de sus hojas hice un pez de origami. Cuando terminé con el libro, les atravesé un hilo y colgué una tira en la ventana. Se ve tan linda ahora con esos peces, que creo que haré más, pero te prometo que los siguientes no serán con los libros que me diste a guardar, menos con los de tapa dura y dedicatoria.

Al otro día me dijiste que se fue la red en el hotel, y hasta me llamaste y yo quedé como tonta, así que mira, ahora que estás tan ocupado arreglando tu vida allá, y para que quedemos a mano, yo te escribo y ya estamos. Por eso reviso una y otra vez la carta, para que quede tan bien que reemplace la pérdida del libro que se volvió una tira de pececitos colgados de la ventana.

Ya lo sabes: mi abuelo murió. Sí, estaba viejo y no soportaba vivir sin la abuela, lo sé, y a cierta edad, sí, es obvio que iba a morir, lo que no es obvio es que muriera de la misma forma en que lo hizo la abuela: cayendo de las escaleras. ¿Te digo un secreto, Luis? Encontré una cajita abajo de su cama cuando limpiaba, una cajita con cerradura. Intenté abrirla toda la noche con cada una de las llaves de su manojo, y nada. Al final encontré otra llave, muy oxidada, detrás de la foto de la abuela.

Mamá se desconcertó cuando le enseñé el interior de la caja, donde había una foto de ella de pequeña y un fajo de billetes. Lo que no vio es que yo le había sacado un papel que apretaba en la mano bien fuerte, no vio que me salí a llorar y me llevé un libro, ese que me regalaste antes de irte, y me fui a la plaza y abrí el libro y decía de tu mano beber esa muerte líquida, de tu mano subir a ese sueño etéreo, de tu mano no sé qué más, Luis, y no puedo ver el libro porque lo dejé en el parque, con el papelito adentro, y debió arruinarse ya que de inmediato empezó a llover.

Ya sé, debías huir luego de las amenazas y yo no puedo seguirte porque están mamá y mis hermanos y mi problema. Luis, no entiendo por qué no dejas de escribir si es tan peligroso, cómo seguías haciéndolo aunque te llegaban una a una las advertencias, y tú tan tranquilo y descuidado como siempre.

Cuando, después de la balacera, tus amigos, tus padres y yo por fin te convencimos de irte, en el fondo yo no quería que te fueras, y menos sin mí, pero era necesario: tú tenías que estar a salvo y yo acompañar a mamá, ayudar con el abuelo y, además, ya sabes, la

chica no puede viajar en sus condiciones, pensemos en las pastillas, los médicos, su salud. Quise decirles mis condiciones un carajo, pero no lo hice porque solo quería que te fueras pronto y no te pasara nada. Y qué bueno que te fuiste, Luis; cada día las cosas se ponen peor.

Tengo un problema con las palabras y por eso no me gusta escribir, pero me obligo por las razones que te dije arriba y porque tenía que contarte esta historia, que es igual a otras que me pasan. Ya sabes, a mí me ocurren cosas raras: llego cuando la micro se acaba de ir, encuentro cartas y pulseritas tiradas en la calle, compro un libro y a la mitad tiene tres hojas en blanco. Esas extrañezas que tú llamabas patafísica.

Pasó de nuevo. El papelito tenía escrita la fecha cuando el abuelo cayó de las escaleras, y una despedida. Es fácil concluir, Luis: el abuelo se tiró de las escaleras. Si no, por qué se levantó justo cuando lo dejamos para ir al súper, por qué no antes, por qué no esperó si volvíamos en media hora. Ya sé qué dirás: hago conclusiones apresuradas, exagero las cosas, no debí dejar el libro bajo la lluvia, no era necesario sacrificarlo para deshacer las palabras del abuelo, sobre todo el libro tan bonito que me regalaste con tanto gusto antes de irte; pero tú sabes, mi problema son las palabras, me hacen sentir mucho, por eso cuando me dices te amo siento que se acaba el mundo y empieza en tu boca y debo besarte, pero si nos enojamos, y me dices algo que duela, me pongo mal, y me cuesta mucho volver a estar tranquila.

Por eso, aunque yo misma te había insistido tanto, cuando dijiste me voy, casi me muero. Y ese día, cuando volví a casa, después de dejar el libro en el parque, me pasó otra vez.

Debes entender, tú sí entiendes: ver el poema, la fecha, pensar en el abuelo… Lo sé, me dejé llevar, y puedes llamarlo, si quieres, mis condiciones. Pero sabemos que es otra cosa.

No se me da escribir, ves. Pero quiero creer que volverás pronto, que las cosas se van a solucionar y al fin todo será como antes, y entonces podré decirte lo que pienso, explicarte cuánto te quiero y cuánto te extraño, esas cosas cursis de siempre. De frente, y no así, que cuesta tanto. Y es que en tu ausencia pasan tantas cosas.

Como la ventana, que ya está llena de peces.

EL CIELO GUARDA CUALQUIER SECRETO

Hace frío, pero de todas maneras nos gusta subir a ver las estrellas. Como mamá llega muy tarde, podemos estar en cualquier lugar del edificio sin pedirle permiso. Eso nos ha traído muchos problemas porque las vecinas, que nos miran de reojo en los corredores, se quejan con mamá de que caminamos en los pasillos hasta muy noche, tocamos las puertas, movemos muebles, soltamos canicas al piso. La verdad no hacemos nada de eso, nunca. Somos muy callados mi hermano y yo.

La verdad, mi hermano no es totalmente mi hermano, le digo así porque me lo pidió mamá. Él es hijo de ella, pero tenemos padres diferentes. Nos conocimos hace poco, el día que llegó a la casa con un montón de maletas y un gato pequeño.

Nos contó que su papá lo había dejado en la puerta y le dijo que lo esperara; como ya había tardado mucho se decidió a tocar. Entonces mi mamá se le quedó viendo y se puso a llorar. Lo abrazó y lo cubrió de besos, y yo entendí hasta mucho después que ella creía que no iba a verlo nunca más.

Al principio me caían muy mal, su gato y él. El gato me desesperaba y mi hermano me daba asco. No se lavaba los dientes muy seguido, se sacaba los mocos de la nariz con el dedo índice, y en la noche roncaba, por no respirar bien. El pobre tenía muchos problemas, eso decía mamá.

A partir de que llegó, yo estornudaba todo el tiempo. Mamá creyó que era por el gato, así que quiso deshacerse de él. Un día lo tomó y lo dejó abandonado en algún lugar camino al trabajo. Ella volvió más tarde con arañazos en los brazos. Pero, de algún modo, al día siguiente —la verdad yo le abrí la puerta, pero no sé cómo llegó hasta acá—, el animalito estaba de nuevo instalado en el sillón de la sala. Así que mamá se lo llevó de nuevo, más lejos, lejísimos; hasta la chingada dijo que se lo iba a llevar. Pasó casi lo mismo, con la diferencia de que esa vez el bicho tardó un poco más en volver: casi una semana, en la que nunca dejé de estornudar. Concluimos

entonces que mis estornudos no eran culpa del gato. Al parecer era la alergia venía de otro sitio.

Así que mamá lo dejó en paz. De todas formas, tenía mucho de qué ocuparse ahora que había un nuevo hijo en casa. Mucho de qué ocuparse, para encima pensar en el gato. La escuchaba decir eso, por teléfono, a las tías. No quedó de otra más que acostumbrarme a estornudar todo el tiempo, a utilizar muchos *kleenex* y a que me picara la nariz.

Poco después, el gato y mi hermano, que antes se quedaban en la sala, comenzaron a dormir en mi habitación. Los sentí como intrusos, invasores de esos que llegan a comerse tu comida, a robar tus pertenencias. Y aunque no tengo gran cosa, solo por las dudas, los obligué a dormir en el piso, sobre una ligera sábana. No quise que mi hermano se acostara en el

sofá-cama

ocupado por mis juguetes. Ellos llegaron primero, le dije a mamá. Ella estaba cansada, como siempre. Me dijo que no quería pelear, que mientras nos acostumbrábamos a vivir juntos, nos acomodáramos como quisiéramos. Pobre niña, son muchos cambios, ella también le decía eso a las tías. Así que yo los puse a los dos en el suelo. El gato se las arreglaba, porque está cubierto de pelos. Mi hermano no dijo nada, al principio era muy callado. Se quedaba en el piso y yo sabía que se moría de frío, porque algunas veces, antes de que él llegara, me quedaba ahí por horas, acostada, mirando el techo, buscando figuras en los relieves de cal. Y sabía que al levantarme se me quedaría la espalda helada un buen rato.

Una noche desperté para ir al baño y noté que la ventana de mi cuarto estaba descompuesta: el metal y el vidrio se habían despegado. Me di cuenta porque sentí una brisa mientras caminaba de regreso, hacia mi cama. Pensé que eran los fantasmas que tiran canicas, de los que hablan las vecinas. No, era solo el viento. Miré por la ventana. La luna parecía también haberse estropeado, estaba roja. No supe qué significaba eso. Pensé que sería buena idea subir al techo del edificio a averiguarlo. Pero mamá aún no llegaba. Entonces me di cuenta: solo podía ayudarme ese bueno para nada de mi hermano. Lo desperté con varias patadas suaves en el hombro. Le conté el plan y le pareció buena idea. Me acompañó al techo, tomándome de la mano cuando pudiera caerme. Yo no

quería ni tocarlo, pero las escaleras hacia el techo son peligrosas, así que estuvo bien.

Mis estornudos empeoraron cuando nos dio por subir a dormir a la azotea tan seguido. Íbamos siempre que podíamos. No importaba si se veían las estrellas o no. Nos entreteníamos mirando los aviones que pasaban cerca, o los edificios vecinos. Él me enseñó un juego: adivinar qué pasaba en los lugares donde las luces seguían encendidas, según los movimientos de las sombras que cruzaban por la ventana.

Primero subíamos dos cobijas, para envolvernos en una cada quien. Después nos dimos cuenta de que era más práctico, o al menos eso decía mi hermano, que era mucho mejor hacer ahí mismo una cama. Poníamos una cobija de base y usábamos la otra encima. Seguro él estaba más cómodo ahí que en mi habitación. El problema es que cuando nos acostábamos quedábamos muy cerca; yo trataba de hacerme hacia la orilla.

Ya así, acostados, él empezaba a hablar y hablar. Antes era tan callado que alguna vez creí que era mudo. Pero no. Tomaba aire y decía muchísimas palabras, una tras otra. Yo lo escuchaba. Al parecer tenía mucho que decir. Casi siempre me quedaba dormida, sus palabras me traían el sueño. La verdad, no le ponía mucha atención. Aunque a veces era imposible no escuchar su voz, porque casi gritaba y repetía varias veces que quería ser astronauta para irse lo más lejos posible de todo esto: de su padre, de mamá y de mí. Pero, claro, se llevaría al gato.

Después de escuchar esas tonterías varias veces, empecé a responderle, porque me desesperaba. Le dije que yo llegaría más lejos antes que él. Y que el gato era mío y me lo quedaría. Porque el animalito a veces se acostaba en mi cama y le había tomado cariño. Me gustaba sentirlo caminar sobre mi cuerpo, ronronear, estirar sus patitas sobre mi panza o sobre mi pecho, casi tocar su nariz con la mía. Yo lo acariciaba, él se acercaba aún más y me hacía cosquillas con sus bigotes. Una noche mi hermano se subió a la cama para jugar también con el gato. Lo hizo varias veces, lo dejé porque ya no me caía tan mal.

Eso lo cambió todo. Incluso después de que dejé libre el sofá-cama, de todos modos se subía conmigo. Algunas noches volvemos al

techo, pero todo está cambiado y ya no es tan divertido. Él dice más y más cosas tontas, como que tenemos que irnos los dos juntos de aquí. Quiere que me vaya con él. Yo no le contesto, porque la verdad no quiero ir a ningún lado, menos con él. Me da asco; además, en todo este tiempo no he dejado de estornudar. Él parece estar esperando siempre mi respuesta; yo no digo nada. Nos quedamos en silencio, acostados, mirando hacia arriba.

ELLA ESTÁ AQUÍ

Papá dice que no digamos nada. Pero ella lleva tiempo aquí con nosotros y es muy difícil no quejarme: su cuarto huele mal, su manera de llorar me asusta y no me deja dormir. Mamá dice que está bien, que no le haga caso cuando llore, que le lleve ese pequeño tazón con un líquido rojo oscuro, lo único que come. Cuando llego a su habitación, ella se me queda viendo como si fuera de otro planeta, a veces creo que va a gritar o a pegarme, así que dejo el tazón muy rápido en el piso, casi la mitad del líquido se cae; me pone un poco triste pensar que he tirado su comida, pero muchas veces, cuando vuelvo, el plato está intacto y ella sigue boca arriba en la cama, mirando el techo.

Ella es muy vieja, se viste como abuelita, con vestidos largos y anticuados, cubiertos de polvo; usa los mismos vestidos una y otra vez. No entiendo por qué mamá no los lava, si lava nuestra ropa y se fija tanto en la limpieza de todo y de todos; es decir, mi papá, ella, yo. Si la casa está tan reluciente, no entiendo cómo a ella la descuida tanto, ni por qué nunca me ha dicho quién es: la llamamos Neli, solo así, Neli, y me da mucha pena porque es vieja, llora mucho y pregunta por gente que no existe.

Apenas le hacemos caso, y mejor ya no le pregunto a mamá porque se enoja, porque me dice que tener en casa a Neli nos permite vivir bien: que yo vaya a una buena escuela y que ella y papá tengan un coche y puedan salir a sus presentaciones y pagar este lugar. No entiendo qué tiene que ver una cosa con la otra, primero creía que nos pagaban por cuidarla, pero un día mamá se hartó porque Neli estuvo vomitando toda la noche y dejó hecho un tiradero, y mamá dijo que ella no estaba para recoger mierda de ancianos, así dijo, por eso contrató una enfermera.

La nueva mujer en casa era algo muy bueno, así yo tenía compañía diferente de Neli, que apenas habla; con la enfermera a veces jugaba, o ella me contaba historias donde las mujeres lloran mucho y llega un hombre y las salva; mi mamá decía que no le

hiciera caso, que esa mujer era una tonta y todo lo sacaba de las telenovelas. Creo que no se llevaron bien nunca, porque un día tuvieron una discusión muy fuerte y mi papá se metió; al final, la corrieron. Desde ese día Neli se quedó muy sola y yo también, entonces, algunas tardes, empecé a entrar a su cuarto al volver de la escuela, aunque huele muy mal. Yo abría la ventana pero no servía de mucho, porque vivimos en el primer piso muy cerca de la calle, y el mal olor de afuera se metía en la habitación y se mezclaba con el de dentro.

Ella está todo el día recostada en la cama, viendo el techo, durmiendo o llorando o gritando. Yo trato de calmarla, aunque me da un poco de asco; su piel es muy delgada, se le cae sobre los huesos, está agrietada y tiene partes resecas y rasposas. De todas formas, poco a poco me he acostumbrado a cuidarla. Como mamá la odia, ahora que no tiene a la enfermera me ha dado permiso de vigilarla, siempre que no le dirija la palabra. Lo único que puedo hacer mientras estoy con ella es darle de comer el líquido rojo, a veces un pan, siempre la cápsula amarilla, metérsela en la boca aunque no quiera comerla. No puedo limpiarla y a veces pasa días muy sucia, hasta que mamá o papá la bañan en la regadera con agua fría, lo sé porque no prenden el *boiler*, y ella les dice muchas groserías.

Neli es muy delgada, su piel muy blanca y su cabello muy gris. No sé si la quiero o la odio como mis padres; a veces me gustaría que se la llevaran de una vez, patearla como hacen ellos; otras veces me da tristeza que llore, un día hasta la abracé, aunque su olor se me quedó pegado en el cuerpo, y me dio mucho miedo que mamá se diera cuenta y me castigara.

Hace poco se me ocurrió comerme su comida y darle la mía. Pensé que tal vez comiendo comida de persona volvería a ser una persona, no como era en ese momento, casi un mueble. Esto no le hizo gracia a mamá, porque ahora fui yo quien vomitó, pero al parecer a Neli le gustó. Al día siguiente, con señas me pidió del sándwich que me comía enfrente de ella. Era muy raro que levantara los brazos o hiciera una seña que se le entendiera, todo el tiempo parecía casi muerta, por eso le di el sándwich, y cuando le acerqué el líquido rojo hizo que no con la mano y me dijo, muy suave, agua.

Fue cuando me enteré de que Neli podía hablar. Me dio mucha curiosidad saber lo que pensaba, y me di cuenta que eran la pastilla y el líquido rojo los que la tenían muda, así que dejé de alimentarla con eso y le llevé a diario comida de verdad. Poco a poco se puso menos blanca y más rosa y poco a poco fue diciendo más cosas hasta que me preguntó por su hermana. Le dije que su hermana había muerto, que su familia había muerto y estaba sola en el mundo, porque eso decían siempre mis padres; ella lloró y al otro día me dijo que mis padres eran unos hijos de la chingada, que la habían secuestrado y le habían robado sus cosas, que ella sabía bailar y lo hacía muy bien. A mí todo eso me dio miedo, no acabé de escuchar lo que decía porque me asusté y me quedé en mi cuarto llorando hasta muy tarde, cuando mamá regresó con papá. Los dos reían mucho como cuando se van de fiesta. Les conté lo que Neli me había dicho y me pegaron y lloré más, y sé que cuando a ella la castigaron también lloró y dijo muchas groserías.

Desde ese día me prohibieron verla y contrataron a otra enfermera, una más discreta, menos pendeja, eso dijo mamá; esa nueva enfermera cuidaba a Neli y no me dejaba entrar, creo que para Neli era mejor porque con ella comía comida, no solo líquido rojo, y tomaba las pastillas y ya no decía cosas tontas como las mentiras que dijo sobre mamá y papá. La enfermera de todas formas no se quedó mucho ahí, porque seguramente era pendeja como mamá dijo: cómo dejar un trabajo así de bueno y de fácil; aunque volvió muy pronto.

Un día, al llegar de la escuela, veo a la enfermera y me pide entrar al departamento; yo le digo que no porque mi mamá no la quiere. Ella viene con unos señores de uniforme. Veo que mi papá se acerca a la casa desde el pasillo y que mira a la gente junto a la puerta y sale corriendo, yo les digo que no puedo dejarlos pasar y ellos me responden que son cosas de la ley. Uno de los señores toma mi mochila y busca dentro de ella, no sabe que guardo las llaves en el bolsillo. La enfermera ve el llavero saliéndose y me lo quita, abre la puerta, caminan hacia el cuarto de Neli, me doy cuenta de que le tengo cariño a esa mujer casi mueble y no quiero que se la lleven, entonces grito y lloro muy fuerte, en su habitación se escuchan pasos; cuando ellos entran no hay nadie, la ventana está abierta.

AQUÍ Y AHORA

Mariana y yo nos miramos de frente. Sonreímos. Estamos emocionadas, es nuestro primer concierto juntas. Ella entró a mi prepa hace poco. Es la chica más interesante que conozco. Se junta con los de tercero, fuma como desquiciada, y le entra a todo. Además, lleva calificaciones excelentes, incluso está en el cuadro de honor. Me gustaría ser como ella.

Desenvuelve el pedacito de cartón que trae dentro de un papel aluminio. Lo parte en dos y me dice «saca la lengua». Toma la mitad con un dedo y me la pone en la boca. Me dan escalofríos. Me llega como un flashazo el día que nos besamos por una apuesta, para ganar cincuenta pesos cada quien. La verdad sí, le traigo ganas, pero ella me ha dicho varias veces que no le gustan las morras.

Sonrío nerviosa. Es el primer ajo de mi vida, pero vengo bien preparada. Una botellota de agua, que fue un desmadre meter porque los culeros del concierto quieren que nos la pasemos tomando chela, dinero a la mano y las credenciales. Todo bien guardadito en un morral que traigo atravesado. Nos gusta echar desmadre, pero no somos pendejas.

Tomo la otra mitad del cuadro. La coloco sobre mi dedo y se la pongo en la lengua. El escalofrío otra vez. Nos levantamos del pasto y vamos a bailar. Ella prende un porro y me dice al oído «así te estallará más rápido». Seguimos bailando y la música es genial, de huevos, excelente. Gritamos, saltamos, reímos. Todo son verbos, pura acción. El chico de al lado nos pide el porro. Ella le sonríe y se lo regala, la verdad yo tampoco puedo fumar más, siento cómo el ácido comienza a recorrer mi cuerpo. Primero es la espina dorsal y después un chispazo en la cabeza. Los ojos.

Ver todo desde afuera. Las percusiones, la música, la emoción de la gente. El sudor. Alzar los brazos. Moverse. Vaciarse de pensamientos. Ser música. Y colores. Sentir la energía y los colores. Ver luces más allá de las luces. Gritar. Tengo ganas de morirme de risa. También tengo ganas de besar a Mariana. Sé que no debo, que

estaría mal. Que una debe contenerse. «Contenerse» como si fuera un torrente de agua o de energía o de calentura o de no sé qué, a punto de estallar.

Mariana me toca el hombro. Hace un gesto que me cuesta entender. Señala al piso. Es el tipo del porro.

En medio de la música y el ajetreo hay otro güey altote que grita junto a nosotras: «¡Hagan cancha, hagan cancha!». Ella me toma de la mano y me saca del montón de gente. Mientras unos camilleros revisan al tipo desmayado, el grandote se dirige a Mariana. Ella lo ve de frente —no sé cómo puede hablar, yo me estoy derritiendo.

—¿Cómo se te ocurre darle mota a mi hermano, que es menor de edad? No había ni desayunado.

Mariana no tiene miedo y lo mira amenazante. Es tan alta como él. Trae un *short* y botas militares. Un top y varias pulseras punks. Se ve ruda.

—Él me arrebató el porro.

—Pendeja. Le voy a decir a los polis que te saquen.

—Diles, y yo les digo que estabas muy ocupado moneando, para cuidar a tu hermanito. Apestas bien cabrón a tíner, güey.

El camillero se acerca.

—¿Qué le pasó a tu hermano?

El tipo grandote dice que solo tiene insolación.

Mariana me toma otra vez de la mano.

—Vamos a otro escenario, ese morro nos chingó el concierto.

—Me siento mal, me duele la cabeza.

—No te malviajes, no pasa nada. Toma agua.

Ella sí se ve un poco malviajada.

—Se me acabó la cordura hablando con ese tipo. Vamos a bailar.

Caminamos hacia el escenario principal, donde hay un chingo de gente. No sé cómo nos metemos hasta adelante. Siento que me falta el aire. Tomo mucha agua.

Ocurren varias cosas muy rápido. Una caravana de locos, que intenta colarse a la zona VIP para la rola final, nos empuja a mí y a Mariana hasta separarnos. La busco con la mirada mientras, por inercia, sigo bailando; dejo de buscarla y bailo con otra chica. Poco después el concierto termina y todo es un caos. La chica se va. Me quedo junto al escenario, esperando a Mariana. Pero ella no vuelve.

Me da un malviaje. No, el malviaje. Respiro muy rápido y todo

da vueltas. Tomo agua varias veces para que se me baje, y entonces debo ir a los asquerosos rentoilet, hacer fila por horas o siglos o algo así y entrar y hacer equilibrio quién sabe cómo. Estoy bien preocupada, no sé cómo salir de aquí, se me sube el trip por el miedo, me pongo superansiosa y me dan ganas de llorar.

Tranquila, ya la encontrarás, me repito cuando salgo del encierro del baño portátil.

¿Cien mil? ¿Doscientos mil personas? ¿Dónde estará Mariana? ¿Me estará buscando?

Le marco al celular: no hay recepción. Voy al área de comida y compro una Coca. Pienso detenidamente. Sí, estoy hasta la madre, pero hay música, ¿no? Y mientras haya música debería haber esperanza.

Encuentro una bandita tocando, casi sin público, en un foro con gradas a los lados. Me quedo ahí sentada. Ya veré qué hacer. De pronto todo se relaja. El mundo, la música se hace más lenta. Yo miro embelesada.

«¿Quieres una?». Alguien interrumpe para ofrecerme una pastilla con un pececito marcado en bajorrelieve. Digo sí casi sin pensar. Es la adrenalina de estar sola, en una zona de la ciudad que no conozco, apenas resguardada por un pinche festival que termina a medianoche.

El desconocido me lleva a otra tocada y comienza a besarme. Siento un fuego adentro que se desborda, necesito sentir cada parte de su cuerpo. La gente se aleja de nosotros; él se da cuenta y me conduce a una zona solitaria. Me dejo llevar. Somos solo aquí, solo ahora, incendiándonos el cuerpo. Las manos me hormiguean, ansiosas por tocar. Siento el pasto bajo de mí, y lo empiezo a acariciar. Sí, al pasto. Después mis manos vuelven a su cauce natural, al hombre que tengo encima. Le acarician la cabeza, la espalda, y finalmente llegan a la meta dentro de su pantalón.

El concierto termina y el tipo insiste en llevarme a no sé dónde. Le digo que ya estuvo suave y me pierdo entre la gente. Además, esa madre ya se me bajó. Todos caminan hacia la salida. Yo avanzo por instinto, en sentido contrario, hacia el escenario donde perdí a Mariana. Me desplazo como puedo entre el torrente de miles de personas.

Ella me espera, sentada en el borde del escenario. Magia.

—No mames, pensé que no te iba a encontrar nunca.

Me abraza. Le está saliendo sangre de la nariz, que se limpia con la sudadera a cada rato.

—¿Estás bien?

—Sí, es que… me pelee con un güey. Me quería meter mano. No mames, puro tachoso mal pedo aquí.

—Ajá.

Echamos el monchis en una taquería 24 horas.

—Eran tachas, güey. ¿Cómo le aceptaste pastas a un desconocido?

Me alzo de hombros.

—Estás bien pendeja.

—Ni tanto. Estuvo bien. Fue divertido.

Mariana niega con la cabeza y al mismo tiempo sonríe cómplice. Siento rezagos de la fiesta; su mirada brilla y alumbra la noche.

DIENTE POR OJO

Quiero olvidarlo todo. Solo sentir el viento golpeándome la cara, y el columpio balanceándose con velocidad. Estoy de pie. Me agarro fuerte de los dos lados. ¿Y si me suelto? ¿Y si admito que la vida no vale la pena y simplemente me dejo caer? Todos pensarán que fue un accidente.

Me despierto con dificultad. Poco a poco, abro los ojos. La primera a quien veo es a mi hermana.

—¿Cómo se te ocurre salirte a mitad de la fiesta y subir a los columpios? Pareces loca.

Estoy acostada en una camilla de hospital. Tengo puesto un collarín. Me duele todo. La cabeza, la espalda, los brazos. Intento incorporarme. Ella me pone una mano encima para detenerme.

—Ni se te ocurra.

Nos quedamos un rato en silencio. Intento despabilarme. Ella continúa.

—No puedo creer que te dejen vivir sola.

Ese comentario me molesta mucho, muchísimo.

—Gracias por venir a cuidarme, Claudia. Eres un encanto.

Ella hace una mueca y se va, apurada, al trabajo.

Mi celular está en el buró de al lado. Me pongo los audífonos para escuchar algo y relajarme. Estoy aturdida. La realidad se desdibuja. Comienzan a flotar luces de colores a mi alrededor. Tienen formas distintas, pero son todas irregulares. La música del celular me irrita y aumenta el dolor de cabeza. Escucho voces que susurran. Creo que es la música. La apago y siguen las voces. Tengo miedo.

El resto de la gente sabe cómo sobrellevar su locura. Yo creo, hondamente, que estoy a punto de que se me escape de las manos.

Una semana después, vuelvo a ver a mi hermana. Esta vez en una cafetería, no en el hospital. Intento convencerla.

—Corrígeme si me equivoco. Todos estamos locos, ¿no? Bien

pinches locos.

—No entiendo de qué hablas.

—Sí, Claudia. Mira, tú eres una cosa así como neurótica. Mamá era una obsesiva compulsiva. ¿Recuerdas cómo limpiaba atrás de cada mueble?

—Ajá.

—Todos los días. Y papá… papá era algo así como un…

—¿Un qué?

—Pues un reprimido. Mira, Claudia, tú recuerdas que una vez en una fiesta, borracho, nos contó esa historia.

—¿Cuál?

—La historia. De lo que le hicieron de chico.

—¿A dónde quieres llegar, Itzel?

Suspiro e intento ordenar mis ideas. Debo convencerla. No puedo vivir con nadie más. No quiero que me cuiden, ni que me traten como demente.

—A que puedo controlarme. Te lo juro, puedo seguir viviendo sola.

Ella me mira incrédula.

—Se me cruzaron las pastillas con un poquito de alcohol.

—¿Alcohol y antidepresivos? ¿Qué madres pasa contigo, Itzel?

La miro, suplicante.

—Mira, sé que desde que mamá murió y papá se recluyó en la casa, empezaste a sentir que debías hacerte cargo de todo. Y lo has hecho muy bien, hasta ahora. Pero no quiero ser una carga…

—Itzel, otra de esas pendejadas y te dejo en la calle. Es en serio. Tendrás que dejar la carrera e irte a vivir con papá, a esa casa vieja que tiene hecha una pocilga, llena de libros viejos y basura.

Odio cuando Claudia toma el papel de autoridad.

—En serio. Te declaro loca, me quedo con lo de tu pensión y te regresas.

Hay algo que ella no sabe: no puedo hacer nada si no bebo. Me quedo paralizada, mirando el lienzo como una tonta. Cada pincelada es lentísima. Y la obra es tan sosa. Tan gris. No salen los colores que quiero. Una verdadera lástima.

No me gustan los antidepresivos. Ese día mi hermana fue a verme a mi departamento y me obligó a tomarlos. En la noche era mi fiesta de cumpleaños y, ¿qué más podía pasar?

En cuanto llego a casa, le hablo a mi novio.

—Opción uno: el camino a la cordura. A la obligada cordura. Sueño, temblores, mareos, pero eso sí, una inmensa y falsa calma. Una anestesia contra la realidad. Piénsalo bien, ¿de dónde viene el problema? ¿Una cura para qué mal?

—Opción dos: el camino derechito a la demencia. Casi te matas aventándote de ese columpio. ¿Prefieres morir de cirrosis o algo así?

—Prefiero tener la pinche libertad de elegir cómo morirme, a seguirle el juego a la loca de mi hermana.

—¿Así que la loca es tu hermana?

Un silencio incomodísimo.

—Pensé que tú sí entenderías.

Le cuelgo el teléfono.

En tiempos difíciles siempre voy a visitar a mi padre. Es complicado hablar con él, pero me reconforta escucharlo, aunque lo que me diga no sirva para nada, ni tenga mucho sentido. El camino es largo, son más de dos horas desde mi departamento en la capital. No es que no quiera vivir con él, es que no quiero dejar la uni, ni a mi novio. Aunque no sé si duremos mucho después de esa última llamada.

Antes de morir mi madre, mi padre era de lo más normal. Compraba diario los tres periódicos locales, y también una revista semanal. Cuando ella murió, quedó anonadado. Pasado el tiempo comenzó a llegar muy tarde de trabajar, apestando a alcohol. Claudia dice que por eso bebo tanto. Yo creo que no es lo mismo. No es tan sencillo. Eso pienso mientras toco a su puerta.

—¿Cómo estás, hija?

—Bien, papá. Con algo de prisa. Vine solo a hablarte de…

—¿Te sirvo algo?

Su hedor a *whisky*.

—No, gracias.

Además está el olor de la casa: a podrido, a carne echada a perder. Papá habla de las últimas noticias. Yo miro alrededor. La mesa del comedor, los sillones, la cocina. Todo lleno de periódicos y revistas sucias y viejas. Un día simplemente no le alcanzó para su dotación de diarios y encontró algunos ejemplares en una banca del

parque. Ahí comenzó esta locura.

Papá habla conmocionado de la amenaza nuclear. Yo observo sus ojos cada vez más cansados, su ropa raída, los bichos en los muebles, los trastes sucios. De toda la papelería, solo distingo una imagen en un marco, sobre una repisa que destaca por ser la única limpia, incluso libre de polvo. Es la foto de su boda.

La charla de papá da un salto al fútbol y algo de las distracciones masivas. Yo solo le sonrío y asiento. Me da pena que esté aquí solo. Pero Claudia y yo teníamos que irnos algún día, hacer nuestras vidas. Eso creo.

Papá trae una preocupación permanente encima. Está consternado por el mundo. Habla de contaminación, sobrepoblación y guerras todo el tiempo. Obvio, es un escape, una fuga. Habla por horas, yo nunca alcanzo a decirle nada. Pero me siento bien en esta casa vieja y desvencijada. Aquí reafirmo mi teoría de que todos estamos locos. Y quizá es el refugio que nos queda, para no enfrentar la realidad con todo el dolor que implica.

Me despido con un abrazo. Lleva semanas sin bañarse. Le dejo algunas bolsas de supermercado con comida empaquetada a un lado de la alacena. Le advierto que la refrigere. Es como un niño. Me sonríe, mientras cierra la puerta. Me quedo parada frente al zaguán. Lo escucho hablando solo mientras entra a la casa.

La próxima semana son las revisiones de fin de semestre. Tengo que entregar el proyecto de pintura terminado. Voy a la tienda, compro tres botellas de *whisky* y la encargada me mira con desconfianza. Me pide mi identificación. Me da risa. Tengo veintidós años, señora.

Me siento emocionada: he decidido seguir con esto, cueste lo que cueste. Y mandar a mi hermana y sus antidepresivos al carajo. De hecho, tiro la caja de medicamentos al llegar a casa. Cada quien elige de qué morir.

TONOS DE VERDE

Tenemos que irnos de aquí. Guardo el celular y meto una tanda de panqués en el horno, espero tener tiempo de venderlos entre hoy y la semana que viene, porque luego ya no van a servir. Lo complicado es que no a tanta gente le gusta comer marihuana, el efecto es muy fuerte y es muy probable que las cosas salgan mal. Es decir, no con lo que yo cocino, pero sí con otros platillos, y como tampoco tenemos un punto fijo donde venderlos, está cabrón que confíen en nosotros. La verdad, a esto de los panqués mágicos casi no se le saca, pero a mí me gusta cocinar, lo hago cada vez que me pongo nerviosa. Él se desespera, no entiende que tomar la bolsa de harina, el cacao en polvo, el azúcar, la mantequilla verde, me tranquiliza, es un espacio seguro en momentos así, cuando no sabemos qué pasará. Él no sabe que unir los ingredientes y batir la mezcla me va dando ideas para solucionar los problemas en que nos metemos, por ejemplo ahora, que él guarda nuestras pertenencias en cajas, mientras yo vuelco en los moldes la masa ligera, cuya coloración verde se oculta con el cacao. Mientras pongo la bandeja en el horno, pienso que está imposible que saquemos todo de aquí antes de que lleguen: si acaso podríamos llevarnos la hierba, quedarnos de ver con algunos *dealers* y surtirles, de otro modo es imposible. Está de necio y se quiere llevar los focos, los rociadores, vaya, hasta pretende que nos llevemos los muebles. Ya vienen por nosotros, estoy segura de que nos acusó la vecina de enfrente, una señora demasiado conservadora, y además vieja, porque encima él se quiso hacer el gracioso el otro día y le regaló un panqué y no sé lo que habrá pasado pero seguramente ella o su nieta, quienquiera que lo haya probado, o las dos, tuvieron una tarde horrible; estas cosas son difíciles para quien no las conoce. Él no entiende que debemos apresurarnos, y aunque sigo con esto, preparando un nuevo molde para meter al horno, aunque parece que no me afecta lo que ocurre, mientras cocino las ideas se van ordenando y pienso en una manera de salvarme, de deshacerme de él, de verme como

una víctima, de que lleguen y me encuentren sola, cocinando. Podría decir que me ha obligado todo el tiempo, decir que me golpeaba, aunque la verdad es que él siempre ha sido violento pero nunca me ha pegado; fumar tanta marihuana lo vuelve más tranquilo, lo amansa. De todas formas, con los modos que tiene, con su manera de hablarme tan brusca, con lo desesperado que es, con la mirada que se le pierde a veces mientras dice algo, seguramente a mí me creerán y no a él. Aunque tampoco sé si vale la pena quedarse, la casa está hecha un desmadre y nuestra vida también; ni siquiera sé cómo me embarqué en esto, es increíble que vender drogas se haya vuelto más importante que nuestra carrera, somos el cliché de los estudiantes que venden drogas en la facultad, todas las cosas que deseábamos cambiar se fueron disolviendo en humo, literalmente. El problema de esta sustancia es que te encierra en ti mismo y de ahí la reacción depende mucho de lo que hay dentro. Como cualquier cosa, tiene su lado brillante y su lado oscuro. Yo me clavé en un mal momento, me di cuenta un día que venía en el metro y pensé que me iba a quedar ahí por siempre. Fue espantoso. Lo sentí muy de cerca: el infierno es el infinito. Me vi en ese vagón del metro toda mi vida, me vi con este hombre toda mi vida, y lo peor, no solo toda mi vida, sino más allá de mi vida, un infierno prolongado que se repetía cíclicamente, como el metro sigue su camino de estación en estación. Veía hacia las ventanillas que dan al túnel: una estructura de alambre y cables, negros, incomprensibles. El vagón se detuvo entre una estación y otra y me quedé viendo ese imbricado color negro, después miré a la gente que observaba con impaciencia el mapa de las estaciones, como si verlo los hiciera llegar más rápido; miré a las personas que en realidad no estaban ahí, de tan metidas que venían en el celular; y me le quedé viendo a él. El aire se me escapó de los pulmones, me sentí mareada, él me dijo que estaba pálida. Me dio mucho miedo porque me percaté de que cualquier asomo al infinito es horrible y de que cualquier cosa es mejor que ver lo mismo siempre: el túnel del metro, lo oscuro, la gente ensimismada, él desesperándose de mí, preguntándome qué tengo, yo sin hablar, sudando; toda la situación me daba náuseas, asco, pensaba que estar ahí era absurdo, que estar juntos los dos, por cualquier motivo, era también absurdo. Me gusta cocinar porque el orden de lo que se hace va llevando a

alguna cosa, no como ciertos pensamientos que no llevan a nada, y mientras tanto vienen por nosotros y a él no le importa, o tal vez sí y por eso empaca, aunque no nos va a dar tiempo de salir de aquí, ya pasaron diez minutos y no hacemos nada más que cocinar, yo, y empacar, él, como si fuéramos a salir de viaje en un par de semanas y no tuviéramos prisa. En realidad deberíamos correr, huir, irnos porque en algún momento todo esto se nos salió de las manos, y de comprar a los grandes y revender a los amigos, pasamos a que él pretendiera saber de botánica: consiguió luces especiales, bajó de internet revistas gringas, empezó a cultivar semillas exóticas, y era marihuana muy buena que ponía muy rápido, y se vendía bien y como ya vivíamos juntos, volvimos este departamento una suerte de invernadero, repleto de luces y macetas hidropónicas, con olor a químicos fertilizantes y con piedritas y minerales por toda la casa; así nos la pasábamos fumando: él cultivando, yo preparando panquecitos, y estábamos rodeados de mucha gente; la verdad no creo que la marihuana sea algo malo, el problema es que nos hemos metido más y más en nuestro mundo y en nuestros pensamientos, hasta llegar a este momento en que están a punto de venir por nosotros y él no hace nada, recoge sus cosas muy lento, pensando en quién sabe qué, es una tontería porque todas las drogas se pueden volver dueñas de tu tiempo, pero eso no es culpa de las drogas, es culpa de uno mismo y entonces él está todo el día fumando: se levanta y fuma, después de comer fuma, antes de cenar fuma, y al principio era muy divertido: escuchar música, comer y coger todo el día, pero después dejamos de ir a la universidad, así que, con todo este planterío en casa, él se ha vuelto un agricultor especializado, y si viviera en Vancouver o en Ámsterdam estaría muy bien; en nuestro país no se puede, solo es peligroso y estúpido porque nuestros clientes son estudiantes fresas de universidades privadas, que de buenas a primeras cambian de proveedor o de sustancia o se gradúan; las cuentas de luz nos llegan carísimas porque las plantas requieren lámparas especiales, y entonces hay que vender más, es absurdo, porque vender marihuana así es más una afición que un negocio, a fin de cuentas los que venden bien son los grandes, que surten toneladas, nosotros movemos muy poco, a los estudiantes y acaso a algunos de nuestros amigos que a veces pasan días en nuestra casa, pero hoy se han ido porque se rumoraba

desde hace tiempo que la vecina nos acusó con el casero o la policía o el ejército, pero nos valió madres, y por fin la realidad nos alcanza porque ahora no solo es cuestión del varo que no tenemos, sino también de que están a punto de llegar. Yo podría fingir que él me obligó a hacerlo todo, pero en el fondo no quiero meterlo en más problemas de los que ya tiene consigo mismo, no lo odio realmente, aunque sí he pensado que esta repetición se está volviendo preocupante y me acuerdo del metro y me acuerdo de las ventanas tan oscuras y empiezo a sentir asfixia y por eso fumo; es curioso que justo el humo que entra a mis pulmones, que invade mis alveolos, sea el aire que necesito para relajarme, para olvidar esa sensación de ahogo, entonces veo que él se está comiendo uno de los panqués viejos porque no sabe, no, la verdad es que sí sabe pero quiere ignorar que esos panqués le harán mal, una cosa es comer uno y tirarse a escuchar música, y otra muy distinta atascarse así, entonces come el panqué y yo quiero decirle que no pero se lo acaba en dos mordidas; él sabe que no le va a hacer efecto sino hasta dentro de media hora, quiero gritarle pero la violencia y la hierba no quedan bien, las veces que hemos discutido en este estado todo se siente más porque estamos más sensibles, y a este paso no quiero imaginarme lo que ocurrirá cuando vengan, tengo un presentimiento y no quiero verlo: él vomitando en el piso, en pleno malviaje, rodeado de todas estas plantas; dirán que es traficante, narcomenudista, que sin embargo es muy estúpido porque no huye, no escapa, se queda aquí con todas sus plantas, con ese proceso de crecimiento vegetal, él lo llama desarrollo vegetal, como sea, con ese proceso tan cuidadoso al que le dedica tanto tiempo. No quiero saber qué pasará cuando ellos vengan, no quiero saber y pienso que quizá podría huir yo sola, tomar mis cosas sin que él me vea y a lo mucho han pasado quince minutos desde que nos avisaron, podría tomar lo más básico, digamos la cartera y el celular, y entonces salir por la puerta, aunque no tendría idea de qué hacer después, a dónde ir, a quién llamar, tal vez pienso esto solo porque fumé hace rato y además el horno está encendido, huele a quemado; podría abrir la puerta, irme y dejarlo solo, puestísimo, y tal vez este divagar sea efecto de la droga, lo veo a él, veo el bolso con mis cosas, aunque sospecho que él se da cuenta de todo, lo sabe todo, sabe lo que pienso; podría subir al techo, podría ponerme a llorar

por si llegan y fingir, podría decirle algo, tomarlo del brazo, pero sé que me dirá que no porque es muy necio; estoy sudando, mi corazón late a prisa, se escuchan pasos cerca, huele mucho a quemado, me acerco al horno para sacar los panqués que se echaron a perder, tengo que irme de aquí, tomo los guantes de cocina, abro el horno, saco la charola, apago el horno, dejo el pan chamuscado en la mesa y lo veo a él fumando repetidamente, como si quisiera quedar inconsciente ya mismo, no sé qué hacer y pasa un minuto o dos o tres o treinta segundos en los que busco el celular en la mesa, junto a la estufa, en la repisa, me doy cuenta de que lo tenía en el bolsillo, tocan a la puerta.

LO QUE SE DICE SIN PENSAR

Era casi imposible leer la carta de bebidas bajo la luz negra que lo cubría todo. Apenas resaltaban los bordes blancos y los colores más claros en algunos letreros. Ana le echó un vistazo rápido por costumbre, en realidad ya sabía lo que pediría. «Una jarra de Hulk, por favor». El mesero le arrebató el pliego mal enmicado. En el mismo movimiento puso un plato de chicharrones al centro de la mesa. Mateo tomó la salsa Valentina y la vertió en el plato hasta inundar las frituras. Le ofreció a Tania, quien, replegada sobre su silla, scrolleaba la pantalla del celular. Los rechazó con una sonrisa.

Ana apoyó su mano en la pierna de Mateo. Le dio un beso en la mejilla y le habló al oído. Él asintió. Ella abrió su cartera y sacó una ziploc miniatura con un par de pastillas rosas dentro. Por unos segundos sostuvo con sus dedos la bolsa plástica, observando cómo dejaba traslucir las figuras quietas de Mateo y Tania, y las pintas fosforescentes en aerosol que decoraban las paredes del lugar. Sentía cómo su mano hormigueaba. Cada vez era igual, como una primera cita.

—Ustedes van en la misma clase, ¿verdad? —preguntó Mateo, solo para romper el hielo. En realidad, él ya las había visto varias veces saliendo juntas de la facultad, cuando iba a recoger a Ana.

Tania guardó el celular, resignada a salir del refugio detrás de la pantalla. Estaba a punto de responder cuando el mesero puso en el centro, de golpe, la jarra de vodka con bebida energética, y gritó el precio, que apenas se escuchó por encima de los arreglos de una canción electrónica. Ana pagó. La luz oscura hacía resplandecer el líquido, así como los dientes y ojos de Tania, la playera blanca de Mateo y las uñas de Ana, que trituraban una de las pastillas para volcarla en la bebida. Cuando terminó, le lanzó a Tania una mirada artera. Ella rio nerviosa. Los tres bebieron hasta terminar la jarra. La música tan alta era la excusa perfecta para no decir nada.

Los *beats* se sucedían cada vez más a prisa, como si quisieran alcanzarse y quedar uno encima de otro; pasaba lo mismo con el

cuerpo de Ana y el de Tania, que se habían levantado a bailar y lo hacían cada vez más animadas, sonriendo con los dientes azulados. El cabello de Ana brillaba anaranjado, aunque con luz natural era rojo. Su cuerpo robusto se movía sin demasiado ritmo; por eso prefería ese tipo música, que puede bailarse de cualquier modo. Tania se movía de forma más atrevida conforme avanzaba la noche. Los pliegues de su falda se agitaban, al tiempo que el pelo largo y negro chocaba contra su espalda descubierta.

Mateo las miraba desde el balcón. Él fumaba mientras las chicas reían y se acercaban la una a la otra a la menor oportunidad. Aunque lo veía de reojo, Ana podía darse cuenta de que ya le había hecho efecto la pastilla: el cigarrillo lo encendió después de varios intentos, y se quedaba el humo más tiempo en la boca: lo saboreaba.

Lo único bueno de ese antro venido a menos era que nadie conocido lo frecuentaba y quedaba cerca de un hotel de confianza, que Ana y Mateo descubrieron cuando acababan de conocerse. El recepcionista les tenía una cuenta abierta. Esa noche apenas miró a los tres de reojo, hizo una nota en su registro, y continuó viendo la televisión.

A esas alturas Tania ya había olvidado cualquier timidez. Apenas entraron al cuarto, sacó de su mochila una botella de vodka, la abrió y le dio un sorbo. Tenía las mejillas coloradas y la sonrisa trabada en el rostro. Ana, en cambio, abrió una botella de agua y se la entregó a Tania, en un gesto que ella misma sintió un poco ridículo, incluso maternal. Era difícil retomar el ritmo lejos de la música, bajo la luz blanca de la habitación.

—Es para que no te deshidrates.

Sus manos se rozaron. El calor de ambas, reunido, quemaba. Ana se tocó la frente: estaba sudando. Tania la miró, las pupilas dilatadas y los ojos acuosos. Se notaba que nunca había probado las pastillas, ni tampoco había estado en una situación así. Ana se estremeció, contagiada de su euforia. Tania bebió y se dejó caer, a propósito, un poco del líquido encima. Tiró la botella al piso y se abalanzó sobre Ana. Con un beso la fue arrimando hacia la cama. Le desabotonó la blusa y comenzó a lamerle los senos, menos morenos que el resto de su piel. Ana intentó contener un grito. Estaba mojada por dentro y por fuera, mientras la lengua de Tania,

incansable, iba por sus caderas, axilas, cuello y labios. Lo mejor era cuando la besaba: sentir esa lengua nueva dentro de la boca le daba la sensación de tomar un vaso con agua fría, nadar en una piscina un día soleado.

Intentó levantarse pero Tania la empujó. Quién diría que la chica más callada de la clase disfrutaría de esa forma tener el control de la situación. Sintió sus dedos hábiles desabrocharle el pantalón. La vio en cuclillas de frente a ella. Sintió su lengua dentro. Tuvo de inmediato un orgasmo.

Mateo, que veía todo de lejos, aprovechó el momento de calma para tomar a Tania por los hombros. La besó y comenzó a desvestirla. Ana los observaba, exhausta. Siempre había disfrutado verlo con otras chicas. Él lo sabía, y por eso retardaba cada acción. Primero besó el cuello delgado de Tania, después los brazos, repletos de lunares.

Al principio, Mateo veía a Ana a escondidas, porque él tenía una novia con la que llevaba algunos años. A Ana no le importaba, y cuando Mateo dejó a la otra chica para empezar algo serio, se dio cuenta de que en realidad disfrutaba observarlo, saberse el error, la tercera parte de una pareja. Un extraño gusto que podía deberse a cualquier cosa, pero que terminó por obsesionarla. Así que, a exigencia de ella, fueron creando estas situaciones. No era difícil, Ana sabía leer bien a la gente. Buscaba chicas tímidas, asustadizas. Se hacía su amiga y poco a poco las convencía.

Mateo se encontraba desnudo, recostado sobre la cama con Tania. Sus manos, tensas, la recorrían con suavidad. Le daba pequeños besos en la boca y en el cuello. Tenía las piernas cruzadas con las de ella. Tania lo masturbaba con la mano. Ana se había recargado en una silla y se tocaba frenética, respirando pesadamente. Tuvo un orgasmo otra vez.

Mateo comenzó a morderle la oreja a Tania, y con la otra mano tomó un condón. Ella negó con la cabeza, y se levantó hábilmente.

—Quiero verlos coger —les dijo.

Mateo y Ana se miraron extrañados. Tania se alejó de ambos, esperando a que cumplieran con su indicación. Ana, incluso dentro de la confusión de pensamientos de la droga, o quizá gracias a la claridad desconcertante que llega con tantos estímulos, se dio

cuenta. Le dieron ganas de reírse. Era tan absurdo, pasar a formar ella el espectáculo que quería mirar.

En realidad lo extraño era eso, y no que Mateo la tomara por la cintura, la penetrara, ni tampoco que Ana gritara, un poco de excitación y otro de dolor. Entonces sintió una humedad debajo: era la lengua de Tania que pasaba de su clítoris a los testículos de Mateo, de ida y vuelta. Miró a la chica de reojo. Tania se masturbaba sin dejar de lamerlos a ambos. Como si todo cobrara sentido de esa forma, Ana se dejó hacer. Tuvo el orgasmo más largo de su vida. Sintió el calor de Mateo viniéndose dentro de ella, un poco después.

Al otro día, Ana se levantó a cerrar bien las cortinas, que dejaban pasar el sol. Sentía una resaca como no había tenido en mucho tiempo. Tomó agua. Miró a Mateo abrazando a Tania. Tuvo una leve conmoción, ¿estaría celosa? Bebió la botellita de un tirón. Le dieron náuseas.

Corrió hacia el baño, pero no pudo vomitar. Se incorporó y se sentó en el retrete. Cuando terminó de orinar, miró por una pequeña ventana que daba al cuarto de servicio. Vio de lejos a la señora de la limpieza, lavando algunos trapos en el fregadero. La vida afuera seguía y dentro le punzaba la cabeza. La peor resaca de su vida y una certeza que iba aproximándose. Al salir del baño, se puso la camisa de Mateo, que encontró en el piso. Llamó al servicio para pedir café.

SHAMISEN

El sonido del videojuego. Bang, bang. El sonido de la música, que insiste en entrar a la habitación. Guantanamera. Le sube dos rayas al volumen del televisor, una pantalla vieja de los noventa, de cuando, como dice la abuela, las cosas se hacían mejor. Es posible que sí, que todo se hiciera mejor en ese entonces: las casas eran de concreto y no de pladur, la ropa de algodón y no de nailon, ni qué decir de los electrodomésticos: planchas, licuadoras y microondas, en estos días, tienen un periodo de vida aproximado de tres años, cuando antes se heredaban incluso a la generación siguiente; todo era más estable, no como ahora, que las paredes de las casas están huecas y se fisuran apenas les pones un clavo, a la ropa le salen hoyos cuando se mete a la lavadora, los microondas y las planchas dejan de calentar, las lavadoras y licuadoras derraman agua, centrifugan más lento. Así también, los matrimonios antes duraban más. No como ahora, que se hacen y se deshacen como si nada, como ahora que tu madre se ha casado por segunda vez. Eso dice la abuela.

Y si el asunto estaba tan mal, si todo estaba tan echado a perder, ¿por qué la obligaron a ir a la ceremonia? Y ella fue, de mala cara, vestida con ropa que detesta: un vestido largo, un collar muy anticuado de su abuela, tacones con los que era imposible caminar, que a la menor oportunidad cambió por unos tenis. Se quedó apartada, de pie, en un rincón del Registro Civil, mirando y a la vez intentando no estar ahí, pensar en otra cosa, la que fuera con tal de no contemplar la serie de hipocresías que desfilaba ante ella: sus familiares vestidos con su mejor ropa, algunos mostrando una sonrisa condescendiente, el acepto de su madre, el de su nueva pareja, el para siempre del juez. Esas palabras, pensaba, eran una mentira enorme, estando ya demostrado que los matrimonios no duran nada, pero se quedaba corta al lado de la otra mentira, mucho más grande, la de decir que aquel acto tenía algo que ver con el amor, siendo de todos conocido que su madre estaba

embarazada, y que por guardar las apariencias un poquito, porque ya era mal vista por ser divorciada, solo por guardar las apariencias, habían tomado todos, es decir abuelos, tíos y hermanos de ambas partes, la decisión de ese matrimonio, para que las cosas retomaran el cauce de siempre.

Apunta con fuerza hacia la horda enemiga. Los disparos a veces yerran, sobre todo cuando ese tipo de ideas se le meten en la cabeza, sin que pueda controlarlas demasiado. Últimamente le cuesta contener esos ataques de mal humor, de odio hacia todo y hacia todos. Intenta moderar su comportamiento con su hermano menor, porque lo quiere, y con su madre, porque está embarazada; así que todo el coraje le toca a su padrastro, una persona fácil de odiar, así como es, un hombre de esos que saludan a todos en la calle y después hablan mal de la gente a sus espaldas; de esos que se ven muy seguros de sí mismos, y presumen ropa y auto, todo caro, todo nuevo, a expensas de alguien más. Siempre mostrando algo que no son.

Así es la vida ahora. Pasear en auto, comprar ropa cara con la tarjeta de su madre, él insistiendo en que todos deberían vestirse mejor, regalando los muebles viejos y comprando nuevos a meses sin intereses. Poco a poco, las deudas se irán acumulando a un nivel absurdo como solo puede permitirlo el sistema de crédito, hasta conformar un amasijo de intereses, advertencias escritas, llamadas telefónicas, visitas de cobranza, que irá cerniéndose sobre la familia hasta caerle encima, como una avalancha; pero eso nadie lo sabe todavía, por ahora parece que bastará con algunas horas extras de la madre, además de que existe aún la confianza, o quizá la ilusión, de que él cumplirá su eterna promesa de encontrar un mejor trabajo, uno más estable que el de tener un grupo y tocar en fiestas de vez en cuando.

Con todo, ella no puede quejarse, porque en los pagos a plazos está incluida la consola con que juega en este momento, y por supuesto el videojuego, el último de la saga, el más caro. Eso le molesta un poco de sí misma: caer en la trampa de las mentiras, de las apariencias, ser como ellos, los otros que tanto critica.

La música sigue afuera Guantanamera, guajira, guantanamera. Mientras, en su habitación, ella sigue disparando muy rápido: misil, bomba. Le sube dos rayas más al volumen y se pregunta cómo es

posible que si todo era mejor antes, la televisión no sea tan nítida ni suene tan bien como la de su amiga, que tiene pantalla de plasma; entonces piensa que pedir una sería un verdadero abuso. Seguro no tardan en comprarla, de todas formas. Su padrastro, al que llama en secreto, el inquilino, cualquier día sugerirá, casi ordenará, la compra de un nuevo televisor que haga juego con la sala.

Su hermano menor observa la tele con atención, tiene en la mano un control desconectado de la consola, ella se lo ha prestado para que deje de molestar; el niño, aunque sabe que le está queriendo tomar el pelo, le sigue el juego a su hermana mayor, solo porque disfruta estar ahí, con ella, haciendo como que juega, como si él pudiera controlar los soldados del campo de batalla, que a decir verdad se mueven con torpeza; ella nunca ha sido buena con los videojuegos, de hecho comenzó a probarlos porque hay un chico en la escuela que le gusta y es muy bueno en esto y ella le dijo que adora jugar y entonces él comentó que sería genial que jugaran con todos los demás una partida de grupo, el asunto es que ella aceptó y por eso lleva varias semanas practicando todos los días; por eso, porque el muchacho le gusta demasiado, aceptó que el inquilino le comprara la consola. Le sube otras dos rayas al volumen, la verdad es que no hay mucho qué escuchar, si acaso a los soldados diciendo insultos españoles, porque ella quitó el control parental: ostia, gilipollas, hijodeputa, y una que otra instrucción, esas sí son importantes: entremos al túnel, habla con el comandante, es mejor usar una mina, es hora de abordar la nave.

La verdad no le interesa el videojuego en este momento. Lo que quiere es impedir la entrada de la música a su habitación. No quiere escucharla porque viene del grupo musical donde el inquilino toca los timbales, que practica en el comedor. Al parecer, él se ha dado cuenta de lo que ella intenta con el sonido del videojuego, porque cada vez que inician la canción, que llevan un buen rato tocando consecutivamente, las percusiones suenan más fuerte. Ella le sube dos rayas más al volumen. Craaash. La música se hace insoportable. Guantanamera. Aumenta el volumen de la televisión hasta el límite. Su hermano se tapa las orejas. Ella juega compulsivamente, sin darse cuenta de que se está quedando sin vida y sin municiones. Sus colegas lo anuncian: estamos perdiendo parque, nos estamos quedando sin armas. Ella no los escucha y sigue, aprieta cada botón

con fuerza hasta que varias explosiones seguidas crash, crash, crash, hacen que el ruido en conjunto se vuelva insoportable. Su hermano grita quítalo quítalo quítalo, los timbales suenan frenéticamente, hasta que se detienen en un golpe seco, y con otro más se abre la puerta de la habitación. El inquilino entra ya basta y desconecta de un jalón el cable que conduce la energía eléctrica a la televisión y la consola. Ella se le queda viendo, molesta. No, molesta no, enojada. No, enojada no, furiosa. Quiere gritarle y el grito no le sale de la garganta. Sería el momento perfecto para hacerlo. Para decírselo de frente. Te odio, te odio, vete de la casa, vete de mi vida, lárgate de una vez. Pero no lo hace. Su madre no está ahí pero cuando ella está a punto de gritar, recuerda su mirada triste, su sonrisa al verlo, cómo llora a veces cuando él se va en la noche y no regresa. Recuerda también a su abuela hablando con su madre, todas tenemos que cargar una cruz, esta es la tuya ahora, hija. Y recuerda las veces que se ha negado a convivir con ellos, con esa su nueva familia, recuerda el silencio incómodo, recuerda sobre todo la tristeza de su madre y también piensa que todo es muy injusto, porque de pensar tanto, el grito no le sale de la garganta. En cambio, se le humedecen los ojos: comienza a llorar. A estas alturas el inquilino se ha ido, cerrando la puerta de la habitación tras de sí. Su hermano la mira, esperando que haga algo, y la música empieza de nuevo: Guantanamera, guajira guantanamera.

Le duele el estómago por el coraje. La música le entra profundo en los oídos, no puede dejar de escucharla. Como un canto de guerra insufrible. Quiere gritar. No puede. El grito no sale. Quiere irse. No hay a dónde. Las opciones son pocas. La abuela vive lejos. Su padre, imposible considerarlo.

Toma cosas muy a prisa: celular, cargador, audífonos. Sigue llorando, un poco. Toma un suéter. Le tiemblan las manos. En ese momento, detesta todo. Llorar, para empezar. Después, tener doce años y no dieciocho, para salir de ahí. Ser quien es, estar en esa situación y no en otra. No tener una familia normal. Como su mejor amiga. Claro, ella tiene una casa muy bonita donde se puede vivir a gusto. No como aquí. Le manda un mensaje a esa amiga, le explica la situación. La música continúa, estridente.

Le advierte a su hermano que no salga de la habitación hasta que llegue su madre. Camina muy rápido, casi corriendo atraviesa

la sala, los músicos la miran de reojo, el inquilino no la voltea a ver; si bien debe percibir que ella sale, finge no darse cuenta. La verdad es que ni siquiera está disimulando, en realidad no le importa lo que ella haga. En el fondo, la desprecia. Ella cierra la puerta de golpe.

Está en el pasillo del edificio, observa su celular. El mensaje no sale, cerca del departamento donde viven no hay buena señal. Se sigue oyendo la música, de lejos. Se pregunta quién puede escuchar música tan estúpida. Los timbales le resuenan en el oído. Cada percusión. Cada golpe. Ella sube, huyendo, las escaleras. Su casa está en el último piso: seguro en el techo del edificio hay buena recepción, seguro el ruido no llega hasta ahí.

Abre la puerta, deja el suéter embrollado en el quicio para que no se cierre, porque no tiene llave de la azotea. Casi todos los vecinos tienen una; los que no, ponen un tabique recargado en la entrada. Pero como ella está mareada de tanto llorar, con dolor de estómago de tanto coraje, no repara en la piedra, colocada junto a una vieja maceta. Y, descuidada, deja el suéter enredado en sí mismo, pegado al marco y apoyado en el suelo. Maraña de suéter que unos veinte minutos más tarde, impulsada por el aire y por la gravedad, fuerza débil, pero constante, va deshaciéndose, va cayendo; porque además es una prenda ligera, de esas que, dice la abuela, ya no hacen como antes.

Ella no ve cómo el suéter se desliza por las escaleras, así de cansada como está, preguntándose qué puede hacer para salir de esta situación, la de vivir con ese hombre que detesta; qué puede hacer para que su mamá reaccione, para que no se deje estafar así, o al menos para que se dé cuenta de que ellos, su hermano menor y ella, la necesitan. No ve cómo la tela va extendiéndose hasta que el suéter no es más una cosa sólida, sino un tejido que se desliza y se deja impulsar por el viento, viento que también empuja la puerta, hasta que la cierra de golpe.

De alguna forma en esta historia todas las puertas se han cerrado de golpe, pero así ocurre a veces: las posibilidades se limitan de pronto; o será que ninguno de los personajes actúa con delicadeza, todos aquí tienen prisa, por motivos diversos: tal vez su madre por sentirse aceptada por la gente que la rodea y al mismo tiempo la observa y juzga todo el tiempo; quizá el inquilino ansía

escalar socialmente, demostrar que es un hombre mejor que los otros; es obvio que su padre salió de casa con mucha prisa, y ella, esta chica de doce años, quiere encontrar ya mismo una solución a lo que le duele. Ninguno de ellos se detiene a pensar, sentir, por lo menos a respirar; si cualquiera lo intentara, entendería que apresurarse no tiene sentido, porque la carrera en todo caso va derecho a la nada, y se daría cuenta de que hay que saber vivir cada cosa, como cuando se quiere ver crecer una planta y con mucha agua se pudre. Tal vez el hermano menor y la abuela lo intuyen, por eso dejan que los acontecimientos sigan su curso.

Ella ahora mira hacia la calle, un poco más tranquila. Escucha música y no oye la puerta cerrarse. Escucha en sus audífonos de diadema música japonesa antigua. No es gratuito: le gusta ver anime. Le gusta lo que tienen esos dibujos de irreales, y que sus personajes sean jóvenes, casi siempre niños, muy fuertes, como quisiera ser ella misma. Luchan contra robots gigantes, demonios, empresarios, o cualquier otra representación del mal. No puede enunciarlo, pero algo hay en esos mundos que la hace sentir mejor. Escucha el *soundtrack* de su saga favorita. Siente que las palabras en japonés, que en realidad no entiende, le hablan solo a ella. Aún tiene los ojos llorosos, pero está mucho más tranquila.

Mira hacia la calle y ve a la gente caminando. Se pregunta si algún día ella será eso: alguien que camina por la calle y es libre. Quisiera ser libre para correr a donde sea; sabe que a su edad no es posible. El viento le refresca la cara y la reconforta. No sabe que ese mismo viento acaba de cerrar la puerta, no sabe que se quedará encerrada el resto de la tarde y toda la noche, porque nadie sube a tender ropa a esas horas: hace tiempo que los niños que solían jugar ahí lo tienen prohibido y la pareja que subía a fumar marihuana dejó su departamento.

La música sigue. Hay una voz suave. Hay calma. Calma que es pura fantasía, la de un lugar mítico seguramente distinto al Japón de verdad. Un lugar donde a ella le gusta pasar el tiempo: conocer sus historias, escuchar las melodías que se tocan ahí con instrumentos peculiares. El que suena ahora se llama shamisen. Es una especie de guitarra, pero muy alargada y con solo tres cuerdas. Su sonido es dulce y relajante. La canción la descubrió en una película donde un niño tiene que luchar contra un mago malvado,

que al final resulta ser él mismo; todo ocurre en un universo donde se puede volar, la gente tiene poderes y hay dragones. A ella le gustaría tener algo concreto contra qué luchar, alguien a quien culpar de todo lo que ha pasado. Alguien a quien derrotar.

Se recuesta en un muro de la azotea, lejos de las rejas que protegen la ropa tendida. Aún no se percata de la puerta cerrada. Entra una llamada de su mamá al celular. Le cuelga unas diez veces, hasta que se siente culpable y le contesta, entonces ella le pregunta dónde está. Le responde que no va a volver, que mientras ese hombre siga viviendo en casa no va a volver. La llamada se corta. Seguro su madre creyó que le había colgado a propósito. Devuelve la llamada. Ahora ella no le responde.

Ha escuchado todo el soundtrack del anime varias veces. Sentada, pensando, entre otras cosas, que tal vez sería buena idea decirle al chico que le gusta que no sabe jugar videojuegos, y que mejor se reúnan todos a ver algo de animación japonesa. Podría ser una película que ocurra en una guerra o en el fin del mundo, o alguno de esos temas que a los chicos les gustan, y entonces podría invitarlos a todos ellos y también a las chicas, seguro les agradaría la idea, hay varios que se gustan entre sí. Aunque definitivamente sería en casa de su amiga, porque a la suya no le gusta llevar invitados.

Recuerda entonces el mensaje de celular, que ya salió; incluso su amiga ya le contestó. Se da cuenta de que tiene cinco por ciento de batería, de tanto oír música. Piensa que necesita un celular nuevo. Intenta concentrarse. Lee: Ven a la casa, sabes que puedes quedarte cuando quieras. Siente alivio. Le gusta quedarse con ella, además vive muy cerca. Sus padres son buenos. La han ayudado varias veces, incluso la reciben con su hermano menor los días que las cosas se ponen más tensas. Le caen bien, aunque a veces se siente incómoda porque tiene la sensación de que la miran con lástima. En realidad sí, la miran con lástima. Pero no hay más qué hacer.

Se levanta y piensa que debe pasar frente a su departamento muy rápido, no vaya a ser que su madre la esté buscando en los alrededores: en las escaleras, en los pasillos, en los rellanos. Pero no, ya pasó mucho tiempo. Seguro la está buscando con su abuela. Le responde a su amiga, Voy para allá. Se dirige hacia la puerta.

No sé qué hacer. He gritado y nadie me escucha. Las luces de los

departamentos del edificio de enfrente se han ido apagando una por una. Sé que mi amiga y sus padres estarán preocupados. También mi mamá. Seguro que ha llamado ya a la abuela, y tal vez a la policía. No entiendo por qué no se le ocurre buscarme aquí. Quizá está tan nerviosa que no lo ha pensado.

Espero que no se le haya subido la presión. O que hayan discutido. ¿Cómo estará mi hermano? No hay forma. Ya grité, golpeé la puerta hasta cansarme. Es increíble que afuera y adentro estén tan cerca y sean tan distintos, y sea tan difícil pasar de un lugar a otro.

Tengo frío. Me recuesto en el piso; el concreto de las azoteas siempre guarda un poco de calor. Aunque también es rugoso y me molesta la espalda. La verdad no me importa. No me importa nada, solo quiero salir pronto de aquí. Es decir, entrar. Entrar a casa, meterme a mi cuarto, a mi cama, cubrirme con las cobijas. Darle las buenas noches a mi hermano. ¿Aún será hora? No tengo idea de qué hora es. Me duele la garganta y el pecho. Creo que me voy a enfermar.

Mis manos y pies se sienten de hielo. Pongo las manos entre las piernas, bajo las axilas, encima de mi vientre por debajo del pantalón. No encuentro un lugar cálido. A ratos estoy sentada, de pie, camino entre las jaulas. Pienso que podría forzar una de esas estructuras, sacar la ropa que hay dentro y ponerme algo encima. Cualquier cosa. Pero tienen candado. ¿Por qué las rejas tienen candado? ¿Habrá alguien dispuesto a robar ropa de los demás? ¿Alguien desesperado?

En mi cabeza, trato de reproducir la música que estaba oyendo. Pero no me sé la letra, solo escucho las cuerdas retumbar en mi mente. Trato de pensar en la película donde la escuché, imaginar que soy uno de los personajes, que debo enfrentar una prueba muy dura, pero al final seré más fuerte. Pienso en el videojuego de guerra. En el chico que me gusta, en algo que él me haya dicho. Busco estrellas en el cielo pero está nublado y no se ve ninguna. Cuento el número de ventanas del edificio de enfrente. Cuento los autos que pasan, los clasifico por colores o modelos. Veo a la gente que camina en la calle. Les grito. Nadie me oye. O sí. Me escuchan, miran hacia arriba, y cuando lo hacen no sé cómo reaccionar; les hago señas con la mano. Piensan que estoy saludando. Me

devuelven el saludo.

Tengo la garganta irritada. Toso. Estoy muy cansada, ya ni siquiera me dan ganas de llorar. Maldigo al mundo, a la vida, a lo que sea que me trajo hasta aquí. ¿Por qué las cosas son así, y no de otro modo? ¿Por qué mi vida no es normal? ¿Por qué no puedo ser como todos, con familias unidas y cenas ricas, bien preparadas, cada noche? ¿Por qué no tengo mis propias llaves de la azotea?

A estas alturas encontró una reja que no tenía bien puesto el candado, así que lleva encima una sábana muy delgada, blanca, que la cubre por completo. Vale la pena detenerse y mirarla así: una figura cubierta con una tela que mueve el viento, que no ha cedido un minuto. Usa la sábana como capa: le cubre la cabeza y la espalda. La sujeta con las manos para abrigarse el pecho. Está otra vez como al principio: sentada, recargada en la pared. Ha logrado quedarse dormida, tiene los labios secos y está pálida, con un tinte ligeramente azul en el rostro.

Sueña. Sueña con su abuela, con su hermano. Sueña con su madre: ya no está embarazada. Tiene en sus brazos a su nuevo hermano menor. Están en una habitación muy iluminada. Sueña. Acaricia la mejilla del bebé y es muy suave. Sueña que todo es blanco, muy blanco, y que hay un calor que la cubre. En el mundo real, suspira.

Entreabre los ojos. Ya casi amanece. El azul índigo se aclara poco a poco hacia el horizonte. Deja la sábana en el piso y camina por un pasillo muy pequeño que se hace entre las jaulas y la barda, hacia un sitio donde puede ver el sol de frente, entre los edificios. Alrededor del sol hay colores muy vivos: rosa, naranja, morado. Mira hacia arriba, hacia el cielo: en una mitad es de noche y en la otra de día.

Aún tiene frío, pero se siente mejor. Aún tiene rabia, pero está oculta detrás de otra cosa.

Un ruido más, el de la puerta abriéndose. No de golpe. Es un sonido muy suave.

EJERCICIOS DE CALIGRAFÍA

DÍA 1.

Histeria. Eso me dijo el psiquiatra con voz ecuánime, sosa, casi indiferente, como si le aburriera descubrir a una más, como si cada día llegaran otras mujeres como yo a su consultorio, idénticas a mí, yo misma, yo misma replicándome a mí agarrando muy fuerte el brazo de la silla, apretándolo, acariciándolo compulsivamente con el dedo pulgar. Neurosis. Lo miro. La camisa ligeramente mal planchada, los puños percudidos; seguro está peleado con su esposa, es divorciado o viudo, pero soltero no es, tiene hijos, se le nota en las arrugas del entrecejo. Repito el diagnóstico dentro de mí. Histeria. Lo veo hablar en cámara lenta. Neu-ro-sis. Está mal rasurado. Veo el cúter en su lapicera y me imagino cortándole cada pelito de esa incipiente barba de una vez por todas. Cortar, cortar, y justo en ese momento me detengo, detengo los pensamientos porque se vuelven incontrolables. Histeria. Veo que escribe en una hoja, me dice que debo volver cada mes porque esas pastillas solo las venden con receta. Le digo que está bien. En realidad pienso que no, que no quiero drogas.

No quiero drogas, le repito a mi marido al llegar a casa. Y si pierdo el hilo de todo, si pierdo el control, y si me vuelvo autómata, y si estoy todo el tiempo adormecida, y si dejo de funcionar, o peor, qué tal si dejo de ser yo. Qué tal si las pastillas me sujetan la mente, me cambian los pensamientos. No quiero drogas.

Él sonríe benevolente. Me dice que no puedo controlar todo, que me calme, me dice, querida, tenemos que hacer algo pero ya. Cualquier cosa. Me toma la mano con decisión. Lo que pasó en la fiesta de nuestro hijo no está bien. No es bueno para nosotros, ni para nuestra familia.

Debe haber otra opción, le insisto.

Me dice que puedo volver a casa de mi madre. No quiero. Allá no hay nadie. Es un pueblo. La casa está vacía, abandonada.

Puedes trabajar en ella, me dice. Puedes mandar a cambiar los muebles de lugar, o pedir que pinten de otro color las paredes. También puedes comprar nuevas plantas para el jardín, o lo contrario, no hacer nada: solo leer, escribir, caminar. Si no quieres hacer nada, puedes estar ahí perfectamente sin hacer nada. Solo leer libros, o incluso no leerlos y dedicarte a ver pasar el tiempo, a cocinar. Amor, me dice, lo importante es que te relajes. Ni siquiera tienes que limpiar realmente, ni hacerle nada a la casa. Sabes que está impecable, que el jardinero y su mujer la mantienen en perfectas condiciones.

Le pregunto si no quiere venir conmigo, traer al chico, salir todos de vacaciones. Me dice de nuevo, Amor, esta vez en tono de resentimiento y reproche. Su condescendencia de siempre disfraza un odio profundo. Amor, repite, lo que hiciste no estuvo nada, recalca, nada bien. La prensa está detrás de ti, loca por cualquier declaración, por cualquier foto donde tú y yo estemos mal. Por eso lo mejor es que te apartes, que nos dejes a mí y al muchacho hacer nuestra vida por un rato. Podemos ir a verte, a lo mejor, en un mes.

Treinta horas de distancia me separaban de este lugar. El lugar donde nací y que aunque ahora es mío ya no le pertenece a nadie. No reconozco nada, me tropecé al subir las escaleras. Peor aún, llegué de día y no va a ser tan fácil descansar. El jardinero me trajo un café, su esposa quería venir a saludarme de inmediato. Le dije que no subiera, es más, que no comentara con nadie mi presencia aquí. Que si alguien quería venir, le dijera que estoy muy enferma, de algo contagioso.

Me siento cansada, pero llegué a escribir porque me lo recomendaron, para relajarme. No sé si funciona, en verdad estoy muy cansada. Solo quiero dormir.

DÍA 2.

La casa de mamá está en un cerro, lejos del pueblo. Deshabitada, llena de fotografías mías y de mis primas. El jardinero lleva veinte años trabajando en este lugar. Llegó el día que me fui. No sé su nombre, solo mando a que le paguen cada mes junto con mis otros empleados. Siento como si estuviera soñando. Ayer estaba del otro lado del mundo; hace apenas dos días, en el consultorio de un

aséptico y reconocidísimo médico especializado en psiquiatría. Hace tres, estaba arrojando a mi marido de un empujón a la piscina, en la fiesta de graduación de mi hijo.

Mi hijo. Cuesta decirlo así, porque apenas nació me lo quitaron de las manos. Estuvo dos meses en incubadora, y después yo estuve otros varios recuperándome; mientras tanto, contrataron a una enfermera así también, aséptica, nada la describe mejor: limpieza en el uniforme, en las manos, en la mirada. Tiempo después yo le hablaba al niño y él parecía no reconocerme. Solo celebraba la presencia de la enfermera y de su padre. Yo me sentía olvidada, sucia, apartada de todo. Me preguntaba qué era mi vida ahí, tan lejos de casa, lejos física pero también anímicamente. A lo que me refiero es a que aunque hablaba con mamá por teléfono, ella se oía siempre lejos en la línea. Con mis primas y amigas del pueblo jamás volví a hablar. Asepsia. Me gusta esa palabra, desde chica siempre quise olvidarme de este lugar sucio y vivir en una casa limpia, limpísima, que resplandeciera en cada rincón, que pudiera verme en el reflejo de las baldosas y siempre oliera bien.

DÍA 3.

Limpieza por dentro y por fuera. Un día a mi hijo, cuando niño, le lavé las manos hasta hacerlo sangrar. Él lloraba. Yo le decía que entendiera, que la higiene es importante; siempre hay que lavarse las manos antes de comer, después de ir al baño y también antes y después de tener pensamientos impuros. Desde ese día me fueron alejando más de él. Su padre, sobre todo, pero también las enfermeras —la aséptica seguía ahí—, sus tutores, la mucama. Nos separaron poco a poco.

No me gusta este sitio, todo está mal, las cosas son demasiado viejas, los colores están deslavados y huele siempre a encierro. Le pedí al jardinero productos de limpieza: jabón, cloro, lavatrastes, todo eso. Me dijo que no me preocupara, que su mujer sube cada fin de semana a limpiar. Le insistí. Creo que después mi esposo le dio algunas instrucciones por teléfono, porque ahora está tosco. Apenas me habla. Solo sube comida preparada tres veces al día, por cierto comida grasosísima. Demasiada carne, aceite, y vaya a saber cuánto transgénico.

Le pido que me traiga comida orgánica, soy vegetariana, le explico; él no entiende y trae pescado. Me da risa. El pescado no es una planta, le digo burlándome. Él no parece enterarse. Se va y me deja el filete en la mesa, junto a una porción de arroz con plátano y un vaso con agua de fruta, demasiado azucarada.

DÍA 4.

Tal vez mi marido les avisó que estoy loca. Pero no estoy loca, sé que no porque aún puedo escribir y entiendo lo que escribo, me leo y me sé coherente. Me gustaría enseñarle a él este cuaderno, para que viera cómo lo que digo es verdad. De todos modos el pobre no entendería nada. Porque no hay nada explicado, aquí solo vuelco notas de lo que me sale de la cabeza, en estos breves y deliciosos momentos de lucidez. A veces me pasa, a veces siento calma. Pero de pronto estoy escribiendo y la línea, como ahora, se vuelve gruesa, la pluma parece hundirse de lleno en la hoja, en las letras, y no soporto los huecos que quedan en cada trazo, me pongo a revisar detenidamente cada una de las líneas y las remarco así, fuerte, hasta que se rompe el papel y tiro la libreta al piso y me pongo a llorar, y después de un rato, cuando se me pasa, a fumar, aunque él me lo tiene prohibido.

DÍA 5.

Cosas que hago aquí: comer, dormir, fumar, masturbarme, caminar, dejar todo tirado hasta que la suciedad se hace insoportable y entonces limpiar con los viejos utensilios que encontré en la bodega de mamá. Supongo que nadie los había sacado de ahí porque la cerradura tiene truco.

Me pongo a limpiar hasta que el cansancio me vence. Comienzo a sudar, a rasparme las manos; la casa huele a cloro con lavanda, yo misma me impregno de ese olor. Cuando todo está limpio, me quedo fumando en el jardín, en la oscuridad. Estoy afuera el tiempo suficiente para que al volver me sorprenda de nuevo el aroma. Entonces sí, puedo dormir tranquila.

DÍA 6.

Lo olvidaba. A veces leo. La enciclopedia o Robinson Crusoe, los dos únicos libros que hay en esta casa. Por cierto, encontré esto en la enciclopedia: «La histeria (del francés *hystérie*, y este del griego, "útero") es una afección psicológica que pertenece al grupo de las neurosis».

Útero. ¿Se estaría burlando de mí, el estúpido psiquiatra ese?

DÍA 7.

Para mi marido fue muy fácil. Apártate de mi vida un segundo, Amor. Yo sé que lo acepté al casarnos, que de esto se trata ser esposa de alguien importante; con el tiempo una se vuelve prescindible. Un objeto de lujo, que sabe comer en lugares elegantes sin confundir los cubiertos, bailar con tacones, pero discreta, y ser infiel, pero discreta.

¿Qué pasó el día de la graduación de mi hijo? Recuerdo muy bien que la noche anterior volvió la maldita urticaria: comezón en las manos, en la cara, en el culo, me picaba todo como si me hiciera daño dormir al lado de él, de mi esposo. Me levanté en la madrugada y nadé en la alberca, solo conseguí llenarme de ronchas. Fui al dermatólogo y me recetó unas pastillas. Lo rojo se fue de inmediato, pero yo estaba fuera de mí. Estaba harta de todo: de lo limpio y de lo sucio, de la ciudad congestionada, de las compras eternas, de los centros comerciales enormes y relucientes, de los tipos que me miran lascivos cuando voy en la calle, de las comidas de lujo, de los hombres importantes a los que tengo que sonreír, y de sus estúpidas esposas. Yo también soy una esposa estúpida, recuerdo que pensé en ese momento, cuando rechacé a mi marido y lo empujé al agua clorada porque lo sentía demasiado sucio. Creo que después me puse a gritar, no sé. Con seguridad, esa noche bebí demasiado.

¿Qué pasó en el transcurso del día antes de la graduación? ¿Qué fue lo que me hizo llegar a ese punto? No lo sé. No sé qué me hizo salir de mis casillas. Habrá sido, tal vez, que por fin cedieron todas mis resistencias. Muchas cosas insoportables se habían acumulado. Pudo ser que mi marido cambiara de loción, y se comprara esa

nueva que odio tanto. O encontrar a la criada tomando dinero de mi bolsa. O quizá el aviso de otra mudanza inminente. O ver la foto de generación de mi hijo y notarle un enfadoso parecido a su padre.

Creo que por fin cedieron todas mis resistencias.

Me voy dando cuenta de que escribir me hace bien, es mejor que hablar conmigo dentro de mi cabeza, como siempre. Ahí dentro hay algo que me dice muchas cosas. Reproches, sobre todo. Que si seré tonta, que por qué no estoy con el niño, que las manos, sus pobres manos llenas de sangre, que si me da una infección vaginal cada vez que tengo sexo con mi esposo, y de ahí no se me quita en semanas, que si no me importo yo misma, que si van a volver los de la prensa a buscarme hasta acá, del otro lado del mundo. Yo la mando callar. Sé que nadie me buscará aquí porque no les importo si no estoy con mi marido. Para ellos no soy nada si no estoy con él.

DÍA 8.

Hace frío, muchísimo. No puedo creer que haya crecido en este lugar, tan lejos de todo, tan pequeño. No puedo creer que tenga esto dentro de mí: el paisaje, los recuerdos, la casa, los vecinos, mamá, y que de todas formas me sienta tan vacía. Llevo dos días casi sin levantarme de la cama. El jardinero me viene a dejar la comida —verduras cocidas y té— y yo sigo aquí, envuelta en cobijas, mirando el techo. A veces me acuerdo de comer. Pienso. ¿Qué pienso?

Pienso en cuando era pequeña y hacía este frío y yo sentía dentro de mí algo muy raro, parecido a la alegría pero no era exactamente eso. En secreto, para mí, lo llamaba extrañeza. El mundo era el de siempre pero el cielo gris le daba un toque distinto, hacía brillar más los colores pero también me llenaba de nubes la mirada. Qué cursi soy. Pienso en mis primas, con las que jugaba todos los días, y me pregunto por qué dejaron de buscarme. Empiezo a sospechar que mi marido le dijo alguna vez a la servidumbre que no me pasara las llamadas.

Pienso que hace tanto que tengo todo al alcance de la mano, que ya ni moverme hace falta. Pienso también en mi hijo y en mi esposo. No han llamado. No sé qué se trae él en mente. Sospecho lo peor: que se irá con alguna de las amantes en turno y la nombrará la oficial. Yo llevo varios años siéndolo, y mi escalada fue así,

exactamente. Llegué en lugar de otra.

Siempre me pregunté por qué yo. A veces pensaba que fue porque mi cuerpo es hermoso. Lo he visto en el espejo; lo he visto reflejado en los ojos de los hombres que no pueden desviar la mirada de mis pechos. Y son naturales, eso siempre me ha hecho sentir orgullosa. Pero mujeres hay tantas, seguro tenía a su disposición muchísimas mejores que yo. Entonces, ¿por qué yo?

Él habló de amor, yo creo que fue una corazonada, o una estrategia para mejorar su imagen política. Porque con todo y todo se me nota que soy de aquí; tarde o temprano, cuando alguien me conoce, surge algún comentario al respecto. Y sí, imposible negar el origen cuando lo muestra el cuerpo. Aunque me haya ido veinte años y haya vuelto enferma de locura, los ojos, el rostro y la piel siempre me delatan.

DÍA 9.

Me levanté por la gastritis. No se puede vivir así, pensé. Abrí por primera vez en tantos días el refrigerador. Es una sensación novedosa, usar las manos propias para abastecerse de alimento, después de tanto tiempo. También es nuevo ver el refrigerador lleno. Me refiero a este refrigerador en particular.

Mamá se puso muy triste cuando me fui de aquí, pero se lo dije muchas veces: es por nuestro bien. Me fui en años de crisis. Esa palabra suena inofensiva, pero en realidad es tremenda cuando se vive de verdad. Ese año llovió a mares y los cultivos se malograron. Solo quedaban ciruelas en conserva, las que alcanzamos a bajar de los árboles.

Recuerdo que, cuando era pequeña, papá me llevaba a cortar ciruelas. No recuerdo otra cosa de él. Solo el recorrido hacia los árboles, la canasta que yo sostenía, y a mamá con la comida lista y la casa resplandeciente cuando volvíamos.

Desde que me fui de aquí dejé de comer ciruelas. Ahora tengo una enfrente, en la misma mesa donde escribo, y me pregunto si debería comerla. Está fresca, se ve dulce. La quiero pero siento como si le guardara rencor, como si me hubiera hecho daño. Es solo una fruta, qué estupidez.

Ya no hace frío. Aproveché que estaba levantada y me senté a

escribir, compulsivamente. Espero que el sueño y la desidia no vuelvan. No me gustan, pero como con muchas cosas, no puedo hacer nada en su contra. Me pasan y ya; me invaden de repente y no puedo controlarlas.

Ahora escribo y también practico caligrafía. Ya no hago trazos gruesos y frenéticos, ahora son suaves, pero muchos. No puedo dejar de escribir, no sé qué pasa. Cuando me canso de hacer frases con sentido, hago caligrafía, como en la primaria. Lleno hojas y hojas. Me relaja. Me ayuda a no pensar. Se va la urticaria (que había estado aquí todos estos días), lo que no se va es la infección vaginal. Me duele cuando orino. Simplemente no puedo dejar de enfermarme.

DÍA 10.

Creo que mi esposo no va a llamar. Tal vez fue una forma sutil de abandonarme. Tendré que organizar los trámites del divorcio cuando vuelva. Mínimo un treinta por ciento. ¿Cómo voy a volver?

DÍA 11.

Hoy la esposa del jardinero subió a dejarme la comida. Me atreví a hablar con ella un rato, como hace mucho no hablaba con absolutamente nadie. La gente me irrita, a veces la detesto. Puedo platicar horas con las esposas de los amigos de mi esposo, con los padres de familia de la escuela de mi hijo, pero me parecen tan falsos, tan irreales, que les hablo sin pensar y los oigo sin escuchar.

Todo empezó porque le pregunté a la esposa del jardinero si sabía cómo curar las infecciones y la urticaria. Me dijo que la esperara tantito y volvió muy rápido, con un té y varias pomadas. Me contó que sabe un poco de hierbas, que todo lo que traía me iba a hacer mucho bien, especialmente el té que era para sacar malas ideas y malos espíritus de la cabeza y el alma. Cuando dijo malos espíritus, casi instintivamente, me lavé las manos. Ella me vio y se ofreció a prepararme el té. Casi sin pensar le dije que sí. Me preguntó por la infección: si tenía mucho tiempo, cómo era, cómo dolía, todo eso. Le conté y ella, cosa rara, no se escandalizó, como

lo hubiera hecho cualquier esposa de señor rico al escuchar una confidencia así. Me empezó a contar de su matrimonio, me dijo que su esposo le pegaba muy seguido. Que tenían problemas desde el día que se casaron, porque ella no manchó la sábana de rojo.

Me sorprendió escuchar eso, más que nada por la confianza que ella tuvo tan rápido conmigo. Después dijo que me conocía, que fuimos juntas de pequeñas a la primaria. Yo no me acordaba de ella. No importa, me dijo, siempre supimos que eras diferente, no nos sorprendió cuando te fuiste. Lo que sí fue raro fue verte en la tele. Pero nos dio gusto, hasta te presumimos con la gente de los pueblos vecinos.

DÍA 12.

Ayer nos quedamos tomando té hasta tarde. Por primera vez en mucho tiempo dormí tranquila, y me levanté temprano a caminar por el cerro. Me agité a los veinte minutos. Noté que había olvidado subir agua, gel antibacterial, algo de comer, ni siquiera traía los zapatos adecuados. Me dio vergüenza sentirme tan torpe en este lugar.

Ya me estoy cansando de estar aquí y tener tanto tiempo libre. Extraño los horarios en casa: desayuno a las ocho, gimnasio de nueve a once, almuerzo a las doce. Pero no extraño a mi marido, ni a mi hijo. A veces pienso que los odio. Entonces me lavo las manos.

DÍA 13.

Siento que la lucidez vuelve a ratos, en forma de una nueva voz, no la que me hablaba antes, sino otra, más sana, menos estúpida. Esa voz me dijo hoy algo muy sabio. Que cuando una sube un cerro debe calcular con precisión el tiempo de vuelta, siempre. Me lo dijo demasiado tarde, porque cuando bajé ya era de noche y volví con los tobillos llenos de espinas. Me tropecé varias veces, lloré incluso.

DÍA 14.

Llevé agua, comida, zapatos adecuados, gel antibacterial, un mantel para comer a la intemperie, gorra, lentes, mochila. Mientras me hacía un sándwich pensaba que llevaba mucho tiempo sin preparar nada con mis manos. Las miro: son demasiado perfectas. Me contengo. La voz que no es mala me dice que no haga lo que estoy pensando. Que ya bastante daño llevo haciéndome todo este tiempo.

Llegué hasta la mitad del cerro. Mañana quiero levantarme temprano y llegar a la cima.

DÍA 15.

Vi a los pájaros volando, desde arriba. Yo estaba más arriba que todo. También vi de cerca las nubes. Lloré. No pensé ni una vez en nada. Ninguna de las dos voces pudo subir tan alto.

DÍA 16.

No necesito psiquiatra. No necesito pastillas. Tal vez ni siquiera necesito escribir.

DÍA 21.

Hoy llegaron por mí en un auto que todos en el pueblo volteaban a ver. Creo que las cosas ya se han solucionado por allá. Mi esposo es muy listo, pero sobre todo, tiene mucho dinero. El chofer me dio un pastillero muy bonito, antiguo, de metal y con un grabado muy lindo, hecho a detalle. Dentro venían, claro, las pastillas. Cuando las vi, lloré otra vez, un poquito. Por primera vez, pensé que quizá tomándolas dejaré de llorar a cada rato.

Tal vez un día escape de todo y vuelva a ese lugar. Lo más seguro es que no. Porque me da más miedo quedarme allá que vivir el engaño de siempre. Por eso subí al auto, después de que el jardinero y su esposa me ayudaron con el equipaje. Nos despedimos sin emoción. Los vi perderse a lo lejos, junto con la casa de mamá.

Estoy en el avión, de vuelta. Primera clase. Desplegué la mesita

del asiento. Ahí puse la libreta para escribir, el pastillero y también una piedrita que me llevé de lo alto del cerro; la acaricio a ratos.

RESPIRAR BAJO EL AGUA

Me gusta venir a la playa. Como está a varias horas de la ciudad siempre me quedo dormida en el camino. Mamá dice que el movimiento del auto me arrulla; yo no sé a qué se refiere con eso, pero apenas entramos a carretera me hundo en lo calientito y acolchado del asiento, todo lo de afuera deja de interesarme, cierro los ojos y me oculto bien dentro de mí. Cuando los abro, las ventanas de los asientos del frente dejan pasar el aire húmedo. El pavimento de las banquetas a nuestro lado deslumbra la vista, de tan cubierto de sol que está. Hay menos coches que en la ciudad y van más lento, con más calma. Sé que estamos a punto de llegar porque nuestro auto casi no se mueve mientras espera en la fila su turno para entrar a un estacionamiento. Bajo también mi ventana y veo a la gente que se dirige a la playa, vestida con ropa muy ligera y colorida, y les digo a mis padres que vayamos ya, ellos me responden que debemos llegar primero al hotel; les digo que al menos me compren un helado, ellos dicen que no, como siempre. Por fin nos estacionamos. Papá baja del auto, vuelve muy rápido con unas llaves en la mano y saca una maleta de la cajuela, mamá saca otra y yo llevo mi mochila; con todas esas cosas subimos al cuarto y sentimos el aire del ventilador, me acuesto en la cama y como estoy muy acalorada les digo que deberíamos quedarnos mejor a descansar; mamá dice que no, que hay que bajar de una vez para aprovechar el día. Pasamos a una tienda donde hace mucho frío, es como un refrigerador, se siente bien; ahí compramos refrescos y papas fritas, cerveza para papá y después buscamos en la playa llena de gente un lugar para estar a gusto. Papá renta una sombrilla y le cuesta mucho armarla, cuando lo consigue mamá le dice que también debería pedir sillas para recostarnos y no llenarnos de arena. Papá acepta de malas, dice que es muy caro y que las cervezas van a calentarse, toma una, se va y vuelve y al final ellos se acuestan cada uno en una silla mientras yo juego con la arena; no puedo entrar sola al mar porque soy muy chica. Cuando

mamá se queda dormida, papá me lleva con él al agua. La boca le huele amarga y su cuerpo cubierto de pelos me pica; de todas formas lo abrazo para sostenerme. Me suelto de a poco, pero seguimos tomados de la mano. Hacemos algo parecido a nadar: nos dejamos mecer por el agua. Me siento segura y empiezo a mover los brazos, mis brazos son pequeños y el mar es enorme; entonces viene una ola muy grande. Papá me dice que no lo suelte, pero el que me suelta es él; trago mucha agua con sal, cierro los ojos y de todas formas me arden, no veo nada hasta que todo se vuelve rojo, el agua llena mi nariz, pero recupero el aire cuando unas manos me toman por la cintura. No es mi papá, es otro hombre que me toma por las axilas con fuerza y me duele. Nadie llega por mí, y yo lloro y el hombre no me suelta; pasa una eternidad hasta que aparece mamá. Volvemos al hotel, ya es de noche, los dos se gritan y papá sale del cuarto azotando la puerta.

Al otro día parece que no ha pasado nada y hace mucho sol, salimos a la playa de nuevo y es mejor porque tengo una hermana, las dos hacemos castillos de arena, y no entramos a nadar. Ella es muy bonita y muy pequeña, además es valiente, se le nota desde bebé pero se nota más cuando ya tiene algunos años: siempre está ansiosa por meterse a nadar. Yo la tomo fuerte de la mano para que me siga mientras caminamos en la arena, mojándonos los pies; no la suelto, tengo que cuidarla, soy la mayor. Vamos recogiendo conchas y piedritas; a ella le gustan los cangrejos, a mí me dan asco, agarra uno por las patas y me lo avienta encima, lloro mientras ella se ríe de mí y pienso que alguien más pequeño no puede tener menos miedo que yo, pero es así, ella se suelta de mi mano, se mete al mar y yo grito y mamá no me escucha ni papá tampoco y después de un rato mi hermana vuelve riendo, dice que solo quería asustarme, que no debería temerle al agua; después se va a jugar con un niño a hacer castillos de arena, yo me quedo asustada, de pie, mirándola de lejos. Ella es siempre la que hace amigos en la playa, la que juega voleibol con otras niñas, mientras yo prefiero quedarme con mamá, que está embarazada de nuevo. Mamá y yo miramos el mar en silencio, sobre todo ella, que con el embarazo no habla mucho, casi nada. Papá sí habla pero nada más conmigo, no entiendo muy bien qué pasa, no les pregunto porque ya me acostumbré: a que se enojen todo el tiempo, a que papá me pida a mí que le pase la toalla

que está cerca de mamá, a mirarla a ella triste y siempre a punto de llorar, a sentir este silencio, a callarme también y a que nos dediquemos a ver el mar, lo que después de mucho tiempo se vuelve entretenido. Papá toma cerveza, mamá un refresco de manzana y yo agua simple, porque estoy a dieta.

Se va haciendo tarde pero no oscurece, las vacaciones son eternas y fugaces al mismo tiempo. Al principio todo parece demasiado incómodo y caluroso, solo estamos esperando a que terminen; después nos acostumbramos y ya no queremos volver a casa nunca. Yo no hablo con nadie, pero aquí puedo tirarme a leer a gusto, sin que me molesten diciendo que me ponga a hacer algo de provecho. Escucho música y miro el cielo nublado y me vuelvo para ver a mi hermana, que está junto a mí, oyendo su propia música. Hace frío y por eso ella no se mete a nadar; yo uso el frío de pretexto, el agua aún me da miedo. De pronto papá se levanta, me quito los audífonos y lo escucho, al parecer llevaba rato hablándonos a mi hermana y a mí, como no le contestábamos ahora nos grita; entonces mamá interviene y le dice que se calle, que está harta de escucharlo gritar todo el tiempo. Parece entonces que todo su silencio estaba cubriendo muchas palabras que ella dice muy rápido, una tras otra, y papá no se queda a escucharlas, se va y esta es la última vez que lo veo, lo intuyo porque no puedo dejar de mirar la lata de cerveza a medio vaciar que dejó en la arena, la colilla de cigarro aún húmeda de su saliva, y sé que siempre asociaré esta imagen: el cigarro, la cerveza, la basura en la arena, una playa nublada y calurosa, con él. Después de ese día mamá se pone muy mal, por más que intenta sonreír la sonrisa le sale triste y le pregunto qué tiene y me dice que no quiere arruinarnos las vacaciones pero lo que tiene es un presentimiento. Yo miro su panza de embarazada y la beso y le digo: todo saldrá bien. Mientras, mi hermana está corriendo en la playa para ejercitarse; eso dice, yo sé que está tomando alcohol con algún extraño. Me da coraje que no esté aquí con nosotras, pero lo que me preocupa en realidad es el reporte médico que leí a escondidas. El embarazo es peligroso y ahora mamá está sola, bueno, nos tiene a nosotras, pero no podemos hacer gran cosa; aunque sé todo esto, le digo a mamá que todo saldrá bien, me pego a su cara y le doy muchos besos y sus lágrimas saben tan saladas como el agua que trago cuando intento

nadar. Ella sigue llorando mucho tiempo porque mi hermano no nació, o sí nació pero estaba muerto, nunca nos lo supieron explicar muy bien y yo no quise preguntar, mi hermana tampoco pregunta y a veces parece que no le importa nada; estamos sentadas en la arena cuando se lo digo en un reclamo y ella responde que todo es mi culpa, pero al final las dos decidimos llevarnos bien por mamá, que se quedó a descansar en la ciudad porque desde el embarazo está débil; aun así mi hermana y yo seguimos viniendo: es un ritual. Estamos sorprendidas porque hemos descubierto que en realidad podemos llevarnos bien; aunque no nos parecemos podemos hablar de todo. Un día ella me da a probar un cigarro de marihuana. Atardece y el sol se sumerge en el mar y es una moneda roja, una mancha y los colores que lo rodean y cómo hace mi hermana para saber tanto, es ella la que me enseña todo y yo siento que no puedo ayudarla en nada, no puedo hacer nada, ni siquiera nadar en el mar aunque vengo aquí cada año; siento que no puedo hacer nada cuando ella me dice que quiere irse de casa, lo único que se me ocurre es tomarle la mano, que está caliente de tanto asolearse, igual que mi cabeza, que conforme va aterrizando me deja triste y me hace pensar todo el tiempo en el hermano que no tuvimos y en que quisiera que no fueran así las cosas porque el agua es tan linda y refleja el sol, con su naranja intenso, casi rojo, y hace tanto calor y la arena es tan blanca, entonces cambio de tema y le digo que debería enseñarme a nadar. El mar sabe a las lágrimas de mamá. Trato de no pensar en eso y veo a mi hermana tan linda. Estamos en el agua y me apoyo en sus brazos, los uso de flotadores pero igual vuelvo a caer. El mar sabe a lágrimas y siento que no puedo, no podré nunca porque el agua me rechaza.

El sol está de nuevo en lo alto y aprovecho para broncearme la espalda. Mi hermana quiere llevarme al agua; le digo que no, que estoy cansada. Además el mar está bravo, incluso hay una banderilla roja a unos metros, clavada en la arena. Se la señalo y ella me dice que solo será un chapuzón, que siempre exagero, y se va. Siento el sol sobre la piel y pienso que hubiera querido que mamá viniera, pero ella cada vez tiene menos ganas de salir de la ciudad, al menos eso dice, y también que confía en que sabemos cuidarnos. En eso pienso cuando se acerca un surfista y me pregunta mi nombre. Lo ignoro pero él insiste y le digo otro

nombre, no el mío. Me dice que cuando quiera puedo ir a tomar unas cervezas con él y sus amigos, que instalaron una carpa más lejos, con una estructura de metal y una lona. Le digo que iré aunque es mentira, yo ni siquiera tomo; es mentira hasta que mi hermana se está ahogando y corro a pedirles que alguno de ellos me ayude a sacarla del agua. Veo a lo lejos su silueta flotando hacia unas rocas y mi estómago se contrae, lloro o grito o estoy muy callada o todo a la vez; el muchacho que me invitó la cerveza lleva a mi hermana acostada sobre la tabla de surf, se turnan él y otro chico para empujarla. Yo pienso que todo está mal, que debí cuidarla mejor, mientras un paramédico le da primeros auxilios; con los ojos cerrados, inmóvil, se ve tan delicada. A nuestro alrededor hay mucha gente y todos tienen la misma expresión en el rostro: una muchacha tan hermosa no debería morir. Más tarde le digo que todo es mi culpa, ella me contesta que deje de mortificarme, que de todas formas fue ella quien no me hizo caso. En el fondo piensa que la dejé sola, a su suerte, que toda la vida la he dejado sola; creo que eso piensa porque desde aquel día habla menos, se encierra en sí misma y se queda sentada mirando el mar. No vuelve a la playa, al menos no que yo sepa, al menos no conmigo.

La arena me pica en todo el cuerpo y no sé si esta vez el lugar está más húmedo que de costumbre, o si con el paso del tiempo y los nervios cada vez es más difícil venir aquí, llenarse de arena el cabello, las orejas, el ombligo, el interior de las uñas. La toalla debajo de mí no sirve para nada, cada vez tengo más arena en el cuerpo y le pido a mi marido que subamos al hotel, él dice que antes hay que entrar a nadar y le digo que no con la cabeza, muy despacio; el mar está tranquilo, mira, parece una alberca, él me estira la mano para que lo sujete y me levante. No, le digo esta vez con voz muy firme, y ese es el primer no de muchos. Nuestra luna de miel se arruina por mi miedo al agua, él piensa que es absurdo que le haya pedido que viniéramos a la playa y que después no quiera nadar; además a él le encanta, y yo no sé por qué no hablamos de esto antes, parece que no sabemos nada el uno del otro. Se enoja, se va al bar, vuelve, y conforme pasa el tiempo me siento incómoda, comienzo a fastidiarme del lugar, detesto la arena en el cuerpo, lo detesto a él, y él deja de intentar entender lo que me pasa y se va a nadar solo, después se va al bar de nuevo y

pienso que no debimos venir aquí, pero extrañaba tanto este lugar, y seguimos viniendo y nuestras vacaciones siempre son la peor parte de todo, y al mismo tiempo son inevitables, igual que fue inevitable que mi hijo, el nieto de mi madre, no naciera, y que desde entonces yo hable menos, casi sin decir nada, como ella.

Camino a lo largo de la playa con mi marido de la mano, nos mojamos los pies, intentamos que funcione de nuevo. El día está un poco nublado pero el agua se siente tibia. Él me sonríe y se acerca más al agua, me jala de la mano con delicadeza, me invita a entrar con él, yo lo suelto y le digo no, por última vez.

Camino de prisa por la playa, llevo tanto aquí que me he olvidado de la arena, pienso que me he vuelto de arena mientras avanzo con pasos hondos que son los de dos personas en una: mi hijo que no nació y yo. Miro hacia atrás: mi exmarido hace mucho que dejó de intentar alcanzarme. Sigo caminando, ya es de noche y pienso que nunca he comprendido este ritual, tampoco entiendo por qué vine sola, con todo y la reunión del lunes en el trabajo y los pendientes que tengo que cumplir; me saco eso de la cabeza porque no importa, lo principal soy yo, estos pasos que se quedan marcados en la arena húmeda como si mi peso fuera mayor de lo que es realmente: es el peso de toda mi vida y todo lo que pienso y recuerdo. Lo que importa soy yo en este lugar, volviendo siempre.

Es de madrugada. Hace frío. El mar está calmado. No hay olas aún, la marea empieza más tarde. No hace calor siquiera. No tengo arena en el cuerpo porque acabo de salir del hotel. Dejo mi vestido y el bolso en un sitio visible de la playa desierta. Me aproximo al mar. Estoy temblando, no sé si es frío o miedo. No sé si yo entro o algo me empuja. Tengo el agua hasta los tobillos. Ahora las piernas. La cintura siempre es más difícil. Sigo entrando, cubro mis senos con el agua helada. Ahora me llega hasta el cuello. Cuando sumerjo la cabeza trato de no pensar en mamá, y por eso mismo su imagen regresa, insistente. Mi cabello pesa, se revuelve y a ratos me cubre la vista. Respiro el aire húmedo y siento el agua moverse sobre mi piel. Comienza la marea. Tomo aire e intento flotar. Me tropiezo y trago agua, me hace toser. Lágrimas. Tomo aire e intento flotar. Estoy llorando. Tomo aire. Me acuesto sobre el agua. Miro hacia arriba. El mar, por debajo, me acaricia. Arriba, el cielo se va aclarando. Vuelve poco a poco el calor. Amanece.

Estos cuentos fueron escritos, tallereados y revisados durante el periodo de beca de la Fundación para las Letras Mexicanas. Gracias a quienes acompañaron este proceso.



Olivia Meneses Teroba (Tlaxcala, 1988) es una escritora mexicana. Ha ganado distintos premios estatales y nacionales de literatura, especialmente por su obra *Un lugar seguro*.

Estudió Comunicación en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) y Lengua y Literaturas Hispánicas en México en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Fundadora de Amable, editorial independiente y autogestiva que promueve las obras de artistas gráficos y escritores emergentes. Fue becaria del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico PECDA Tlaxcala 2013; de la Fundación para las Letras Mexicanas (2015-2017); y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (2018-2019).